# ¿QUÉ PASA?

## EN DEFENSA DE RAMIREZ

**Por VEGUITA**

Una de las armas críticas que se han lanzado con más reiteración sobre Diego Ramírez por quienes no fueron capaces de ofrecer argumentos convincentes que logren anular las sólidas razones expuestas por aquél en torno a la problemática asociacionista, ha sido el alegato relativo a que, dentro de sus resonantes escritos periodísticos, atribuye a los partidarios de las asociaciones plurales finalidades y fundamentos lógicos no coincidentes con la realidad. Se le imputa elaborar él mismo las motivaciones y construcción dialéctica de sus opositores para así poder rebatirlos a su gusto.

Tal acusación carece del menor apoyo desde el momento en el cual los propios contradictores no han suministrado aún ninguna refutación a las dos ideas predominantes en los artículos de Diego Ramírez: **Que el asociacionismo equivale al pluripartidismo y, por tanto, resulta excluido de la dogmática del régimen instaurado el 18 de julio de 1936 y que la experiencia pretérita pone en evidencia la naturaleza disolvente y antinacional de los partidos políticos.**

Ideas avaladas por la inteligencia de la normativa fundamental, en armonía con el ideario —que constituye su espíritu e inspiración— contenido en los textos de José Antonio, Onésimo Redondo, Víctor Pradera, Ramiro de Maeztu... y por la simple lectura superficial de la Historia de España —laboratorio de la política—, cuyo último período, el de la centuria anterior a la Cruzada, revela la rica cosecha en sangre, anarquía, penuria y caos nacional recogida por el multipartidismo.

Sin embargo, lo que causa auténtico estupor es comprobar que, tras airearse las referidas acusaciones contra Diego Ramírez, se asuma, sin recato, precisamente en el interior del campo de sus detractores, la postura denunciada. Así en cierto periódico zaragozano, bajo el título de **«Diez preguntas a Ramírez»**, se publicó una presunta entrevista, donde, si bien al final se pretende disimular el objetivo del autor por medio del añejo juego del equívoco de nombres, no logra enmascarar, con este ardid, el propósito de ridiculizar a Diego Ramírez. Para ello imagina un Ramírez sumergido «en una estancia en penumbra», en la cual «es necesario ir a ciegas» para llegar a él y pergeña un personaje adornado de todas las «cualidades» morales e intelectuales, con las que, a lo largo de varios siglos, los «aperturistas» de turno desearían ver a sus oponentes, a quienes bautizaron con los apelativos de **serviles, cavernícolas, inmovilistas, oscurantistas, retrógrados**, etc...., tan falsos como aquellas «cualidades» atribuidas, al menos desde el siglo XVIII, a los que se niegan a plegarse a las corrientes de «apertura» devastadoras de las instituciones sociales patrias, demostrando de este modo la carencia de otros argumentos, para rebatirlos, que la falsa caricatura del adversario dialéctico. Como única nota «original» propia de nuestra época, aunque últimamente empleada ya en exceso, no falta la alusión hiriente a Blas Piñar.

Fácil es, en verdad, fabricarse un ridículo muñeco imaginario a la propia medida, cuando quizá se posee la conciencia de la carestía real de recursos intelectuales a fin de afrontar al auténtico Diego Ramírez, cuyo talante verdadero saben los contradictores de tal especie que les resultaría sumamente gravoso de superar en una entrevista real.

## UNA FOTOGRAFIA ACUSADORA

**Por Armando DE LA ROSA**

Por el título de este artículo parece que se deba hacer referencia a aquella fotografía aparecida en el núm. 430 de ¿QUE PASA?, pero no se trata de esto. Es ciertamente vergonzoso el espectáculo del baile de un sacerdote con una minifaldera al ser hecho públicamente; en privado, las debilidades de nuestra pecadora naturaleza no justifican, pero sí excusan las debilidades humanas; por eso decimos en el auténtico Padrenuestro: «No nos dejes caer en la tentación», pero no decimos **líbranos de tentaciones**, porque entonces no tendríamos ningún mérito, y por nuestra desgracia caemos en la tentación más veces de las que desearíamos.

Pero quiero hacer, en cambio, mención de otra fotografía que, siendo una muestra sublime de respeto, es, en cambio, acusadora para nosotros los católicos; me refiero a la nota gráfica aparecida en el número de «A B C» del 27 de febrero pasado, en el que aparece su Graciosa Majestad, Isabel II de Inglaterra, entrando DESCALZA en una mezquita musulmana. Cuando vemos que en nuestras iglesias, catedrales y hasta en el mismo Vaticano se cuela cada quisque como le sale de las narices, sin que nadie les diga nada, porque los que deberían hacerlo, con tanta pastoral, tanta comunidad de base, tanta asamblea y tanta concelebración, no parecen disponer de nadie para cuidar del más mínimo decoro de los lugares de culto. Y ya no digamos de las atrocidades que permiten ante la presencial Real de Jesucristo en el Sagrario y en el momento de tomar la Sagrada Comunión. Ahí sí que todo lo que se diga es poco y debemos reconocer que ni Satanás podía llegar a más ni gran parte del clero, católico a menos, incluso altas jerarquías, que, rodeadas de adoradores del becerro de oro, no saben hacer otra cosa que lamentarse de cuestiones sociales que no entienden, de cuestiones políticas que son materia impropia de ellos, y de que cada día va disminuyendo el número de vocaciones, el de ordenaciones y el de fieles que cumplan como deben, por el abandono en que se deja el rebaño, mientras el número de titulares y auxiliares va en aumento. Aquí en Barcelona, la última misión general tuvo lugar en 1961, y está mandado que se haga como mínimo cada diez años; pero ni en 1971 ni en 1972, durante la Cuaresma, en el Arzobispado se han dado por enterados, a pesar de contar con auxiliares, consejos presbiteriales y demás...

Por eso es altamente lamentable el ver que en otras religiones se observa una pureza de costumbres a la que se somete hasta una reina extranjera, dando así una lección de urbanidad y corrección digna de imitar.

Y en el terreno doctrinal, también tenemos algo que aprender de los musulmanes, que ponen trabas a los llamados matrimonios mixtos por el peligro que entrañan en el orden religioso, cosa que entre nosotros cada día está más dada de lado como cosa secundaria, como una de tantas muestras de un libertinaje mal entendido.

Es un hecho histórico que el indio Ghandi fue recibido en la corte inglesa envuelto en una sábana y acompañado de su chiva en los tiempos del Imperio británico, que gracias a Dios ha pasado a mejor vida, aunque haya sido sustituido por otro peor, pero es seguro que, en cambio, no hubiera entrado así en una mezquita.

Y de que nuestras iglesias se hayan convertido en la casa de Tócame Roque es obvio que tenemos que echar la culpa a los intérpretes de nuestra religión, que, reunidos en concilio, no se cuidaron, en su mayoría, más que de dar facilidades a la destrucción, perversión y destrozo de nuestra Iglesia, y lo peor de todo, con indiferencia de los superiores.


**SEMANARIO INDEPENDIENTE**
(Depósito legal: M. 7-1964)

**AÑO IX - NUM. 447 - 23 JULIO 1972**

**DIRECCION Y REDACCION:** Lagasca, 121. — MADRID-6. — Teléfono 261 37 97.

**ADMINISTRACION:** Dr. Cortezo, 1. MADRID-12. — Teléfono 230 39 00.

Empresa editora («Revista ¿QUE PASA?»), REQUEPA. Lagasca, 121. MADRID-6. Teléfono 261 37 97.

Imprime: Sáez. — Hierbabuena, 1. — MADRID-20.

**PRECIOS DE VENTA Y SUSCRIPCIONES PARA ESPAÑA**

| | |
|---|---|
| Número suelto | 15 ptas. |
| Suscripciones: | |
| Semestre | 350 ptas. |
| Anual | 650 » |

**PARA EL EXTRANJERO**

| | |
|---|---|
| Hispanoamérica, Portugal y Marruecos, suscripción anual | 700 » |
| Países de Europa, suscripción anual | 900 » |
| Resto del mundo, suscripción anual | 1.000 » |

**DIRECTOR:**
**JOAQUIN PEREZ MADRIGAL**

**15 PTAS.**

*Creer y amar*

# Los panegiristas de Baroja no aman a Dios

## Por P. LOIDI

Se viene conmemorando en lo que va de año el centenario de Pío Baroja. Algunas conferencias, artículos, lo de siempre; pero sin demasiado esplendor. A esta efemérides se acaba de sumar «Blanco y Negro», con un número que lleva treinta y cuatro páginas dedicadas al escritor. Para enjuiciar a quienes las llenan de elogios y a todos los que con tono encomiástico van participando en esta modesta celebración, empezaré por recordar rápidamente algunas frases impías de don Pío; unos botones de muestra del enorme catálogo acusatorio que ya no merece la pena recorrer detenidamente.

El padre Angel Ayala, S. J., en su libro «Consejos a Universitarios», pág. 149, dice: «Oye algunas frases suyas: «*Cristo es un miserable que produjo la decadencia de la Humanidad*», pág. 77. «*El Sagrado Corazón de Jesús es un símbolo de la brutalidad nacional*», pág. 70. «*Indudablemente, España es el país más imbécil del orbe*», pág. 222. «*Fuera escrúpulos, la moral es una estupidez*», pág. 138. Todas estas frases están entresacadas de su novela «Camino de Perfección». «*El Libro de los Ejercicios de San Ignacio es la producción de un hombre fanático, ignorante, supersticioso. Así no se podían tener sino ideas sencillamente católicas.*» En resumen, podemos decir de Baroja: que es un blasfemo. Que es un antiespañol. Que insulta a los católicos de todo el mundo. Que es un perfecto inmoral. Que se cree superior a todos los sabios del universo católico.»

Hasta aquí el famoso padre Angel Ayala, S. J.

Don Pedro Laín Entralgo, en su obra «La Generación del 98», página 65 y siguientes, escribe:

«La incontinencia anticlerical y anticatólica de Baroja abiertamente brutal y blasfematoria en tantas ocasiones es bien conocida; tan conocida como el mismo Baroja: «*A mí, cuando me preguntan qué ideas religiosas tengo, digo que soy agnóstico...; ahora voy a añadir que, además, soy dogmatófago*», dice de sí mismo. Poco después añade: «*La gran defensa de la religión es la mentira... Con la mentira vive la religión*»...

Baroja explica su actitud antirreligiosa con razones biográficas o históricas. En «Juventud y egolatría» comenta así un pequeño episodio de su vida en Pamplona: «*Aquella escena fue para mí, de chico, uno de los motivos de mi anticlericalismo.*»

Y en una conferencia autobiográfica que pronunció en la Sorbona hacia 1924, declara: «*No es raro que haya sido anticatólico, antimonárquico y antilatino, por haber vivido en un país latino, monárquico y latino que se descomponía, y en donde las viejas pragmáticas de la vida, a base de latinismo y de sentido monárquico y católico, no servían más que de elementos decorativos.*»

Hasta aquí, Laín Entralgo.

No es necesario insistir. Cualquier persona que haya leído a Baroja y, por supuesto, sus admiradores y evocadores en este centenario, saben que con afirmaciones así se podría hacer una gruesa antología.

Prefiero, pues, detenerme a juzgar, en vez de a Baroja, a sus panegiristas. Su tarea les acredita, como a su maestro, el título de impíos. Para eludir este calificativo no vale distinguir entre calidades literarias y blasfemias. Valdría, quizá, si el primer mandamiento de la Ley de Dios mandara «creer» en Dios. Pero lo que manda es «amar» a Dios, y, además, sobre todas las cosas. Si se tratara solamente de «creer», como se cree que la suma de los ángulos de un triángulo vale dos rectos, con la misma indiferencia y frialdad con que se cree en algo que no nos afecta, se podría explicar el descuido del aspecto blasfematorio de la obra de Baroja. Pero si fueran cristianos, «amarían» a Dios, y el amor es mucho más pasional que el mero conocimiento; es conmovedor. Quienes no se conmueven ante las impiedades de Baroja, es que no aman a Dios; no son católicos; no son de los nuestros; son nuestros enemigos, por mucho que cotice sus firmas Prensa Española.

---

# Reflexiones sobre los últimos Papas, según San Malaquías

## Por Francisco LLOPIS LLORET

La celebérrima profecía de los Papas, debida al arzobispo de Armagh, San Malaquías, es hoy objeto de estudio para muchos escritores.

Tras de mi libro «El mundo se acaba», cuya segunda edición se hizo en 1970 (habiéndose impreso la primera hace ya veintidós años), se han publicado otros volúmenes, con idéntico temario.

El abogado y secretario judicial, con destino en Barcelona, don Victoriano Domingo Loren, ha publicado un volumen, editado en el corriente año, titulado «Y dijo el Angel: No habrá más tiempo»; se trata de un estudio, muy documentado, de las figuras y los lemas malaquíacos de todos los Papas, desde Celestino II, contemporáneo del vidente. Pero se limita a la exégesis de la profecía Papal, que desarrolla en 490 páginas, con denso contenido. Se abstiene, pues, de citar, y examinar otras profecías y otros argumentos, conducentes a desarrollar la tesis —tal y como yo hacía en mi citado libro—, de que el mundo acabará alrededor del año 2000.

Posteriormente, la editorial «Gassó», de Barcelona, imprimió, recientemente, una obra, escrita por José Corral Sobrino, titulada «El fin del mundo está muy cerca». El articulista —como tratadista del tema— tuvo la natural curiosidad de conocer la argumentación, fundamento y contenido de este trabajo (de título muy semejante al suyo) y pidió el envío, a reembolso, de un ejemplar; sin que, hasta la fecha, la casa editora le haya contestado ni remitido nada. Pero a través de «La Vanguardia» de Barcelona, del 1 de los corrientes, se enteró, por una crítica de la periodista María Dolores Masana, de que este libro se ocupa no sólo de la profecía Papal de San Malaquías, sino también de la de Nostredamus y las de San Remigio, San Cesáreo y San Pío X...

Desconocemos, por tanto, la fuerza argumental del libro; pero la periodista en cuestión, siguiendo la tónica general de quienes no quieren creer en esta *molesta* tesis, termina afirmando literalmente que se trata «de una polémica más, que interesará eventualmente a ciertos sectores de público sensibles a las tragedias apocalípticas y otras predicciones con más o menos fundamento».

Discrepamos de su opinión, lamentando haya tanta gente que rehúse la reflexión y estudio de temas muy trascendentales para todo cristiano.

Pero abandonando estas consideraciones generales, vamos a centrar nuestro modesto trabajo sobre los últimos lemas de la profecía malaquíaca, deduciendo de las meditaciones sobre el tema una grave consecuencia: La de que los Papas que faltan son realmente tres, incluido un Antipapa.

Todos los escritores que se ocuparon de la materia admitíamos 112 lemas, desde Inocencio II, inclusive; es decir, que considerábamos como lema número 112 —a pesar de no estar numerado— el largo párrafo que constituye la frase final de la profecía, que literalmente dice: «En la última persecución de la Santa Romana Iglesia ocupará el solio PEDRO ROMANO, el cual apacentará sus ovejas en medio de grandes tribulaciones, pasadas las cuales la ciudad de las siete colinas será destruida y el Juez Tremendo JUZGARA AL PUEBLO.»

El Papa actual es el 108. Según la tesis general, quedarían, pues, cuatro Papas más. Por eso, me sorprendió la afirmación, atribuida a la Virgen en sus apariciones de San Sebastián de Garabandal, o del Palmar de Troya (no recuerdo bien), en la que precisa que *los últimos Papas eran tres.*

Ello estaba en desacuerdo con la creencia general de que faltaban cuatro Papas. ¿Cómo conciliar una cosa con otra?

Pero... mi duda se desvaneció al pensar que, si en la profecía de San Malaquías se incluyeron nada menos que ocho Antipapas, la Santísima Virgen pudo haber previsto la inminencia de un Antipapa, y así, al hablar de tres, se refería a los tres Papas auténticos que faltarían.

Esta consideración me convenció momentáneamente, afianzándome en mi sólida fe en la profecía Papal.

Pero posteriormente pensé que no parecía prudente pensar que la Virgen prescindiera de un Antipapa, cuando aquella venerable profecía los admitía. Así, pues, si eran tres los Papas venideros, *incluido un Antipapa* (el del lema «De la mitad de la Luna»), ¿cómo explicar que, en aquella lista, hayan de quedar tan sólo *dos* Papas auténticos? ¿Qué hacer con el lema 112?

La solución estriba, a mi juicio, en el siguiente razonamiento: El presunto lema 112 NO EXISTE; y prueba de ello, es que el profeta no señaló esta cifra... Por tanto, la frase en que se cita a Pedro II y se habla del Juicio Final ES COMPLEMENTARIA DEL *ULTIMO LEMA, EL 111.*

Corroboran esta exégesis dos consideraciones: Primera. El lema 111 es «la gloria de la oliva». Pero si la oliva suministra EL OLEO, éste debe simbolizar el óleo sacramental de la Extremaunción, o lo que es lo mismo, LA AGONIA Y ACABAMIENTO DEL MUNDO. Segundo. La citada frase *no numerada* viene a ser el epílogo de la profecía malaquíaca; es el broche final de la misma.

¡Y bien que hermanan la figuración en el último lema del óleo sacramental con la venida del Supremo Juez!

## AHORA SE CUMPLEN LOS 36 AÑOS

# La improvisada y heroica vanguardia del Ejército liberador

**Por Joaquín PEREZ MADRIGAL**

*LOS CATORCE DE SOMOSIERRA*

La columna del coronel García Escámez, integrada por fuerzas del Ejército, por «requetés» y falangistas, habría de llegar, tras ligeras escaramuzas —Logroño y Alfaro— y soportar de vez en cuando la metralla de los aviones rojos, a las inmediaciones de Somosierra. Pero antes, con heroica anticipación —el 17 de julio—, anduvieron de descubierta por Robregordo y Cerezo de Arriba un puñado de valientes patriotas madrileños.

Voy a narrar, sucintamente, la hazaña de estos intrépidos españoles.

A la caída de la tarde del día 16 de julio reuniéronse en Madrid, en las bodegas de Alvear, hijo del conde de la Cortina, los capitanes Groizard y Alvear, y los paisanos Iván Bernaldo de Quirós, Alfonso Oltra Borbón, Eduardo Ortiz de Zugasti, Salvador L. de Aymerich y Luis Miralles.

Conspiraban de antiguo, y aquella tarde se concertaron para acometer la acción decisiva. Sin concretar en qué consistiría ésta, dispusieron que a las once de la noche acudieran todos, con otros a los que se avisaría, a determinado lugar del paseo de la Castellana. Allí habría dispuesta una camioneta que transportaría al grupo a donde conviniere.

En efecto, llegó la hora fijada, y unos doce o catorce hombres, diseminados y recelosos, paseaban en espera de la camioneta.

Apareció Groizard y desilusionó a los expedicionarios.

—Las carreteras están cerradas. No podemos salir esta noche.

Acordaron otro plan. Unos deberían salir a las seis de la mañana, en tren, para Cercedilla. Allí encontrarían enlace. Otros, de Falange, acudirían a El Pardo, a nutrir una centuria. A Villalba, cuando fuera de día, se podría ir en coche a recoger determinados elementos.

—Hasta mañana—se despidieron.

En cumplimiento de las instrucciones recibidas, unos cuantos de los comprometidos partieron para Cercedilla en la mañana del día 17. En el pueblo serrano se encontron al capitán Groizard, con Bestard, jefe de la Marina. Charlaron. Fijaron itinerario y deber. Groizard, en un «Packard», salió para Villalba. Iba a recoger unos amigos y marchar con ellos hacia Somosierra. El objetivo era ocupar el túnel e impedir el paso a la gente de Madrid que se aventurase por aquel camino.

Los que habían quedado en Cercedilla, a pie, ganaron el alto de Navacerrada. Comieron una tortilla. Durmieron. Hasta que llegó Satrústegui, los recogió en su «Ford» y partieron a unirse con los de Somosierra.

¡El túnel! Kilómetro 96 de la carretera de Madrid a Burgos, a doce kilómetros de Robregordo y a cuatro kilómetros de Cerezo de Arriba. Comenzaba la noche. Todo el inmenso ejército estaba concentrado en el estratégico paraje. Constituían aquél sólo estos señores: Manolo y Luis Miralles, Luis Garmendia, Perico Uzqueta, Iván Bernaldo de Quirós, Groizard, Mariano Ordóñez, Miguel Angel y José Carlos Alcázar, Bestard, Garré, comandante del Tercio retirado; Alfonso Oltra Borbón, Satrústegui y Salvador L. Aymerich. ¿Armas? Cinco mosquetones y dos rifles para todos.

No era cosa que la columna entera pernoctase en el túnel, y se convino que cuatro individuos permaneciesen de puesto toda la noche; los restantes irían a dormir a Boceguillas. Así se hizo. Quedaron de guardia Groizard, Pepe Carlos Alcázar, Luis Garmendía y Manolo Ordóñez.

Se dividió, pues, la columna. Abrazos. A las doce de la noche les traerían al puesto de guardia, desde Boceguillas, unas tazas de café caliente...

Transcurrieron las horas sin novedad. La vanguardia del ejército libertador, constituida por cuatro voluntarios, no se había empleado todavía, y lo deseaba.

A las doce llegó, sin novedad, el convoy de café. Lo trajeron a la avanzadilla del túnel Miguel Angel Alcázar, Garré y Salvador L. Aymerich. Y se despidieron, hasta la mañana siguiente a las nueve, en que vendrían a relevarlos.

¿Qué pasó después bajo los luceros, en la bocaza del túnel? Cuando fueron de Boceguillas a relevar a los cuatro valientes (Groizard, Pepe Carlos Alcázar, Garmendia y Ordóñez) no los encontraron. En vano exploraron las cercanías, otearon desde los altozanos, interrogaron con doliente ansiedad a la tierra y a los cielos. Los cuatro primeros centinelas de la primera avanzadilla del Ejército libertador habían desaparecido.

Toda la mañana transcurrió en conjeturas y deducciones. ¿Los habían matado? No. Habrían venido unos autos de asalto de Madrid y se los llevaron prisioneros. Todas las armas, menos un mosquetón, estaban en el túnel, en el «armero del cuerpo de guardia».

Garré, experto y avezado, recomendaba a todos mucha prevención. Indudablemente vendrían de Madrid a sorprenderlos. No había que fiarse de nadie. Garré distribuyó «las fuerzas», y el sólo, rifle al brazo, se adjudicó el servicio de vigilancia en la carretera.

Sobre las cuatro de la tarde apareció un automóvil. Matrícula de Madrid, camino de Burgos.

—¡Alto! —ordenó Garré el arma prevenida.

Paró el coche. Se trataba de gente de paz. Un matrimonio francés con sus hijos. A veranear.

—¡Feliz viaje, señores!

A poco, por el lado de Burgos, con dirección a Madrid, un motorista de carreteras pasó a gran velocidad. Garré no le detuvo. ¿Por qué? Luego se arrepintió. Suponía que el motorista, si le vio el rifle, denunciaría en Madrid el caso extraordinario. Relacionarían esto con la detención de los cuatro amigos en la madrugada anterior y caerían sobre el túnel para limpiarle de «facciosos».

No se equivocó Garré. A las dos horas el mismo motorista regresaba. Se le detuvo. Se le desarmó. Pidiéronsele informes. Declaró sin concretar mucho, pero lo suficiente, que del otro lado se preparaban a limpiar de gente sospechosa todo Somosierra.

¡Auto a la vista! Es un estupendo «Chrysler». Viene despacio. Garré, en medio de la carretera, vuelve la cabeza hacia unas fuerzas imaginaria y grita:

—¡A ver, esa ametralladora! ¡Que se corran a la derecha los cuarenta hombres!

El «Chrysler» avanza. Garré, apuntando con su rifle, ordena:

—¡Alto!

Se para el coche, pero al mismo tiempo el sujeto que se sienta junto al conductor dispara su pistola contra el valeroso Garré. Le mete una bala entre los ojos. A Garré, en el adiós supremo, en la contracción última de su ser, se le dispara el rifle y cae para siempre, cruzado el cuerpo sobre la carretera para que no pase nadie. Garré, seguramente muerto ya, disparó su arma, y el proyectil, póstuma voluntad vitoriosa del héroe, mató a uno de sus asesinos, le partió la cabeza por la frente.

Generalizóse el tiroteo. Los cuatro ocupantes del «Chrysler», menos el conductor, que yacía derrumbado sobre el volante, gritaban a los defensores del túnel:

—¡No tirar!... ¡Somos hermanos! ¡Pertenecemos a Falange!

La caballerosidad de aquellos soldados de España les indujo a reputar veraces las exhortaciones y cesaron de hacer fuego. Perdonaron la vida a los asesinos de su bravo compañero.

Fue recogido el cadáver de Garré. ¿Cómo, dónde le darían tierra?

Luis Miralles se acercó al conductor del «Chrysler»; estaba exánime, con la cabeza deshecha sobre el volante ensangrentado... La zarandeó. No estaba muerto. Jadeaba. Le alzó la cabeza. Un ojo fuera de órbita, ponía en el rostro un fleco de horror. Luis Miralles, tan valiente como piadoso, le hizo con su mano una cruz en la frente. Exhortó al agonizante:

—Di Virgen Santísima...

—...

—Di sálvame, Dios mío...

—...

—Di madre mía...

Aquel hombre, moribundo, tuvo fuerzas todavía para remachar su condenación inevitable. Dijo, sí, «madre mía»; «madre mía»... y mascullaba repulsas de odio.

Luis Miralles, sin dejar de trazar en su frente rota el signo de la cruz, prosiguió instándole al arrepentimiento.

—Di sálvame, Dios mío.

—Di perdóname, Jesús; perdóname, Virgen Santísima.

El moribundo renegaba, maldecía...

Luis Miralles domaba la furia de su ardoroso temperamento, acariciando aquella frente y sembrándola de cruces...

(*En el próximo número*: *HEROISMO, GLORIA Y MARTIRIO DE LOS MIRALLES, DEL CAPITAN ORTIZ Y DE UN PEON CAMINERO...*)

### Desde Barcelona

# Desconfianza hacia la jerarquía

## Por JULIA RIBAS

«La Vanguardia Española» publicó la «Nota de la Comisión Permanente del Episcopado sobre el actual momento de la Iglesia en España». Y la «Hoja Dominical» de nuestra diócesis publicó en primera página, sólo para catalanes, pues viene traducido al catalán, una breve reseña de la misma, encabezada con el título «La confianza en nuestros obispos». Con una diferencia: que en la parte que corresponde al punto sobre la desconfianza hacia la jerarquía, han añadido tres palabras, éstas: «CON GRAVE ADVERTENCIA» «para todos aquellos que facilitan el aumento de esta desconfianza en determinados medios de difusión».

«GRAVE ADVERTENCIA», que suena como amenaza, ¿para quién? ¿Y de quién? Ya que esa «grave advertencia» no viene publicada en la «La Vanguardia Española» y sí en la «Hoja Dominical».

¿No hemos quedado que somos adultos en la fe? ¿A qué viene, pues, esa amenaza que suena similar al ¡que viene el coco! de los niños?

Sepa la «Hoja Dominical» de Barcelona que, aparte las repetidas OBRAS. DECLARACIONES, PLATICAS, CONFERENCIAS, CONDESCENDENCIAS Y EXIGENCIAS de CIERTAS jerarquías eclesiásticas, más que suficientes para sembrar la desconfianza, una de las publicaciones que más ha contribuido a fomentar esa desconfianza hacia UNA parte de nuestra jerarquía ha sido la «Hoja Dominical».

En ella hemos leído toda clase de noticias, arropadas con cariño, de protestantes, anglicanos, judeo-cristianos y hasta mahometanos. En ella se ha hecho propaganda del Catecismo holandés, no modificado —hacían constar—, sino original. En contra del veto puesto por el Papa. En esa «Hoja» se ha hecho propaganda de sectas contrarias a nuestra religión, anunciando sus conferencias.

En la «Hoja Dominical» se ignoró el horrendo sacrilegio cometido en la catedral de Barcelona. En su lugar, a primera página, publicaron con grandes letras. «LA SUBIDA DE LOS PRECIOS» con un comentario acerca de que la vida estaba muy cara. También a primera página venía en un recuadro y grandes letras la «tendenciosa» noticia: «HAY CAMPAÑAS DE AMBITO NACIONAL PARA DESPRESTIGIAR A LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA». Por lo visto, era cosa de aprovechar el momento psicológico de quienes, ante lo sucedido en la catedral, buscarían en la «Hoja Dominical» la noticia de un acto de desagravio. Pero la «Hoja Dominical», portavoz de la religión católica, del sacrílego suceso no publicó NI UNA SOLA PALABRA. Y a la semana siguiente seguía el silencio sobre el caso. ¡Muy significativo! ¡En verdad que sí!

A la tercera semana, sí publicaron el atentado a la escultura de Miguel Angel, con fotografía y todo, de una muchacha depositando un ramito de flores sobre la estatua de la «Piedad» como acto de desagravio. ¡Muy significativo como acto de desagravio! A primera página también publicaron un comentario sobre el suceso, y entre frases de condolencia por el atentado a la escultura una brevísima y disimulada alusión al hecho sucedido en la catedral, que conmovió a todos los católicos de Barcelona, que por casualidad se enteraron. ¿Es que para la «Hoja Dominical» tiene más importancia y es más digna de desagravio una escultura que Dios Eucaristía? ¡Muy significativo!

En la «Hoja Dominical» continuamente se siembra la desconfianza hacia los dirigentes que nos gobiernan. Entre otros temas sociales nos hablan del DRAMA DE LOS ANCIANOS, con sus insuficientes pensiones. ¿Por qué no hablan también con grandes letras de los hijos que por no tener molestias con los ANCIANOS los llevan al asilo y prefieren pagar por ellos una pensión antes que darles el cariño y la compañía que a su edad tanto necesitan?

De las pensiones de los ancianos, de los asuntos sociales, ya tenemos quién se cuida; pero del amor filial para con los padres no es misión del Gobierno, sino de la Iglesia. ¿Es que para la «Hoja Dominical» sólo cuenta lo material? ¿Está caduco lo espiritual? Que tanto meterse con la misión que a otros corresponde, ¿quién tiene abandonada la suya? De no haber tenido nuestra Patria cien años de malos gobiernos bajo regímenes que parece añora la «Hoja Dominical», no estaríamos ahora en los comienzos, sino en la cumbre del bienestar material de los ANCIANOS.

¡Qué poco ha dado la noticia la «Hoja Dominical» del confortable Hogar del Pensionista, instalado en el popular barrio obrero de San Martín, del Clot! ¿No interesa esa noticia a los ancianos? ¿No conviene que se enteren para que se alegren y acudan a beneficiarse de una obra que el Estado ha creado con amor para los ANCIANOS, sin discriminación, para cualquier hombre o mujer que haya cumplido los sesenta años, aunque jamás haya cotizado a la Seguridad Social? Parece que noticias de esa clase no interesan a la «Hoja Dominical». ¿Qué clase de amor y altruismo les guía en su cometido?

¡Vaya con la «Hoja Dominical»! ¿Católica? De católica sólo tiene el texto y comentario de la misa dominical y algún que otro artículo; lo demás, muchas veces ¡bazofia! Y ya es muy lamentable que hagan servir el texto de la misa dominical para encubrir torcidas actitudes politiqueras de vía estrecha, comerciales y bastantes veces anticatólicas.

Y esa «Hoja Dominical» se publica bajo la égida del Arzobispado, ¿no? Pues leyéndola hay para desconfiar un rato. ¿De qué se extrañan, pues? Si crean desconfianza, ¿cómo vamos a confiar?

¡Claro! Están acostumbrados; «¡de pie!», y todos de pie. «¡Sentados!», y todos sentados. Ahora ¡a confiar!, ¿y todos confiando? ¡Cuándo se darán cuenta que aceptamos de corazón lo que viene de Dios, lo que viene de una jerarquía, civil o eclesiástica, siempre que sea justo y razonable, pero que no se puede aceptar de ninguna manera aquello que es contrario a nuestros principios católicos! ¿Cómo vamos a confiar en quienes tan a menudo se olvidan que son rectores de nuestras almas?

Y la «Hoja Dominical» de Barcelona es la menos indicada para inducirnos a confiar, ¡muy al contrario! Porque no hay nada peor ni más repugnante y bajo que nos predique el diablo amparándose bajo el símbolo de la Sacrosanta Cruz.

---

### Desde Mallorca

# ¿ESTAN EN SUS CABALES?

En Palma, capital de las Baleares, tenemos ocho monasterios femeninos de clausura papal: Santa Clara, La Concepción, Santa Magdalena, Santa Paula, Teresas, Dominicas, Capuchinas y Salesas. Desde que, gracias a concesiones del Vaticano II, las monjas pueden salir a la calle por motivos razonables, el médico respectivo ya no se molesta tanto de ir a prestarles auxilio en el claustro, sino que obliga a las enfermas a personarse en su consultorio, y eso las molesta mucho a ellas, ya por tener que manifestarse en público, ya por alejarse de su amada soledad. Pero de estas comunidades, tenidas todas por observantes, hay una que parece va perdiendo todo reparo de presentarse ante el mundo por razón de compras o por otros motivos que no incluyen perentoria necesidad. Me refiero a las jerónimas del monasterio de Santa Paula. El otro día CINCO de ellas, con su hábito, que es el más llamativo de todos, se destacaban entre el gran público en un espacioso salón de la ciudad para escuchar a un señor conferenciante. Maldita la gracia. Procediendo de este modo creerán ellas poder llamarse hijas del SOLITARIO de Belén. Apuesto cualquier cosa que de los otros claustros ninguna se hubiese atrevido a dar tal paso, que no puede considerarse edificante por innecesario. En cambio, no tuvieron escrúpulo las jerónimas. ¿Cómo así? Ah, es fácil encontrar la respuesta sabiendo que se meten —no todo es liturgia— en asuntos del monasterio unos curitas jóvenes que a fuer de consejeros tampoco suelen tener grandes escrúpulos en punto a disciplina. Se creen con la libertad de obrar como Pedro por su casa. Y ya está dicho todo. Insertaré un fragmento de carta remitida por persona digna de crédito: «Realmente vimos a cinco monjas jerónimas en el salón de conferencias de la Casa de la Iglesia (antiguo seminario, calle del Seminario, 4, Palma). Un padre jesuita habló sobre el tema los SALMOS como oración comunitaria y personal, siguiendo el libro de rezo del oficio, que vimos ellas llevaban consigo. A nosotras, monjas diocesanas, no nos hicieron buen efecto, y lo deploramos. De los otros monasterios de clausura (que supongo recibieron invitación), ninguna, ninguna, ninguna. Referente al de Santa Paula, tengo certeza que hay madres mayores y experimentadas que ven con otros ojos el hecho de ir a dictaminar tanto por allí ciertos curitas, pero ellas no pueden todo lo que quieren... Sor M. T. O.»

● Otra novedad monjil. En el colegio del Sagrado Corazón (Son Españolet) las hijas de Santa Magdalena Sofía, antes de media clausura, visten de seglar, salvo raras excepciones. En mayo guardó cama por enfermedad una madre viejecita de las que no se han quitado el hábito, y estando disponible el capellán de la comunidad, padre Alberto Casanovas, llevaba la comunión a dicha enferma (según presenció una sobrina de ésta) otra madre del número de las jóvenes que desprecian el hábito de su Fundadora. Y dicen que el mejor obsequio que la comulgante le ofrecía a Jesús, su divino Esposo, era, más que la dolencia corporal, el sufrimiento de su alma con honda tristeza de ver tratada la Hostia de aquella manera. No hay duda, un capellán de monjas les puede hacer mucho bien, si quiere; pero también mucho mal.

● Unos meses atrás ¿QUE PASA? reprodujo en sus páginas la foto de un sacerdote bailando con una chica. En Mallorca conocemos curitas que frecuentan SALAS DE BAILE e invitan a danzar «al agarrado» a chicas con minifalda. Recientemente celebróse una boda de postín y, como de costumbre, después hubo cena y baile en un hotel. Y allí bailó igualmente, y con mucho arte, el cura que había celebrado la misa matrimonial. Lo aseguran quienes estaban presentes. Y yo me pregunto, ¿cuándo aprendieron estos curas? ¿Será que en el seminario se tiene una asignatura de baile?

P. R. O.

**Obispos españoles**

# En el proceso de la "desunión católica"

27

Por F. P. DE CHANTEIRO

Ante la XVI Asamblea Plenaria del Episcopado pronunció un discurso monseñor Dadaglio, nuncio apostólico.

En su número del 18 de marzo comentaba la revista «Ecclesia»: «*La incomprensión de la naturaleza y de la misión de la Iglesia está promoviendo en estos años innumerables y dolorosas dificultades a la Santa Sede y a los Episcopados nacionales en sus relaciones con ciertos Estados.*» Esa cláusula de «Ecclesia» es evidentemente INCOMPLETA y TENDENCIOSA.

Menos «incompleta» y menos «tendenciosa» hubiera sido: «La incomprensión de la naturaleza y de la misión de la Iglesia está siendo en algunos países causa NO SOLAMENTE de grandes y dolorosas dificultades a la Santa Sede y al respectivo Episcopado en sus relaciones con el Estado, SINO QUE TAMBIEN está siendo causa de grandes y quizá más dolorosas dificultades al Estado *en sus relaciones con la Santa Sede y el respectivo Episcopado.*»

Tal como «Ecclesia» redactó ese párrafo, parece ser que, según «Ecclesia», SOLAMENTE la incomprensión de la naturaleza de la Iglesia *que tiene ciertos rectores de ciertos Estados*, es la causa de tales y tan dolorosas dificultades, y NO la incomprensión de la naturaleza y de la misión de la Iglesia, que pueden tener —y tienen— ciertos altos eclesiásticos que, desde el Vaticano, dirigen esas relaciones de la Santa Sede con los predichos Estados.

● Prosigue la revista «Ecclesia»: «*Refiriéndose directamente a España, el Nuncio con máxima claridad indicaba que «ahora es fácil leer u oír en las páginas de la prensa o por voces más autorizadas afirmaciones de que "el Nuncio hace política", que "los obispos hacen política", que "la Conferencia Episcopal se mete en política".*»

La revista «Ecclesia» deja aquí al descubierto, sin pretenderlo seguramente, toda la endeblez de ese discurso y argumentación del señor Nuncio: «*La confusión que tales afirmaciones producen en las conciencias, ha obligado a monseñor Dadaglio a puntualizar en su discurso los principios fundamentales de la Iglesia sobre sus relaciones con el Estado.*»

Monseñor Dadaglio se ve delante de unas afirmaciones gravísimas que denuncian un hecho, NO una doctrina —«*El Nuncio hace política*», «*Los obispos hacen política*», «*La Conferencia se mete en política*»— y monseñor Dadaglio cree oportuno recordar y comentar brevemente una doctrina, que es aceptada por todos y que en España nadie contesta, y cree oportuno el *no decir absolutamente nada sobre* el hecho denunciado y que el Nuncio presenta como denunciado por la prensa y «*por voces más autorizadas*». ¿Qué voces son ésas, *más autorizadas que la voz de la prensa*, a las que alude monseñor Dadaglio?

Terminado el discurso del Nuncio quedan, pues, en pie las denuncias de los hechos: «*¿Hace el Nuncio política?*», «*¿hacen política los obispos?*», «*¿se mete en política la Conferencia Episcopal?*» El redactor de este artículo —aunque estando como está de acuerdo con esos cuatro principios fundamentales *a los que DEBEN ATENERSE la Santa Sede y los obispos*, por una parte, y *DEBE ATENERSE el Estado Católico de España*, por la parte que le corresponde— cree que SI. Cree que «*el Nuncio hace a las veces política*», que «*hacen política los obispos de vez en cuando*» y que también «*se mete más de la cuenta en política la Conferencia Episcopal Española*».

● «*La acusación de intromisión de la Iglesia en lo que no le es propio es ya vieja* —dijo monseñor Dadaglio—. *Permitidme que respondamos a ella con un largo pero sustancioso texto de León XIII.*» Pocos textos más hermosos que el aducido por monseñor Dadaglio.

Pero monseñor Dadaglio, que conoce bien la historia de la Iglesia en tiempos de León XIII, no podrá negar un hecho, y es que León XIII, el sabio y santo y gran Pontífice que fue León XIII, *víctima de su propia diplomacia*, dio a los católicos franceses, *que eran monárquicos en su casi totalidad*, la consigna de integrarse en la República y de agruparse con los republicanos moderados para formar con ellos, *dentro del juego de la democracia*, la «Mayoría», que, siendo «*conservadora*», opondría un dique a la avalancha irreligiosa de los demócratas radicales.

Ante la amenaza que suponía para la Iglesia la «Tríplice» que formaban la Alemania del «Kulturkampf», la Austria-Hungría «josefista» y la Italia «carbonaria», quiso León XIII contar con Francia, donde los católicos eran todavía e indudablemente la mayoría. Convertida en «Mayoría política» esa innegable «mayoría católica de la nación» y democráticamente bien dirigida, se podía —*pensaban en el Vaticano*— lograr que Francia, aunque oficialmente «sin religión», actuara como católica.

Deseoso de reanudar con Francia las relaciones que la Santa Sede había mantenido bajo el Imperio que pereció en Sedán, trató León XIII de obtener, por medio del Presidente de la República, Grévy, que se llegara al restablecimiento de la paz entre el Estado y la Iglesia. «*En un tal conflicto de pasiones encontradas —fue la respuesta sibilina de Grévy— muy poco es lo que yo puedo lograr de los enemigos de la Iglesia*: «Votre Sainteté peut beaucoup sur les ennemis de la République.» *Vuestra Santidad puede realmente lograr más de los enemigos de la República. Si Vuestra Santidad se dignara mantenerlos en esa neutralidad política, que es el gran pensamiento de su pontificado* —«qui est la grande pensée de son Pontificat»—. *Vuestra Santidad nos haría dar un paso decisivo hacia una durable pacificación.*»

Arrastrado y envuelto en su propia maniobra político-democrática, León XIII trata de «despolitizar» a los católicos, que eran, como se dijo, monárquicos en su casi totalidad. Como en la Iglesia de España dicen hoy los políticos y politizantes de la «Democracia Cristiana», *siguiendo ciertas consignas que les llegan desde fuera*, que hay que «despolitizar» a la Iglesia española, se comenzó a decir en Francia, sobre todo a partir de 1890.

Monseñor Dadaglio sabe cómo el 12 de noviembre de 1890 el Cardenal Lavigerie se hizo el portavoz de León XIII en su famoso «Brindis de Argel», y conoce muy bien las reacciones que esa maniobra política del Vaticano despertó en Francia. Sabe cómo el Vaticano, ante la viva reacción, en sentido opuesto, del Episcopado francés y del clero y de los católicos, frenó y dejó de usar la palabra «Ralliement», «*integración de los católicos en la República*», y comenzó a repetir, *con martilleo de «slogan»*, la palabra «Neutralité». Sobre el terreno de los intereses religiosos únicamente deberían en lo sucesivo —según el Vaticano— estar unidos los católicos franceses. La «*Unión por una Francia Cristiana*» deberá no combatir las instituciones del régimen republicano existente de hecho en Francia.

Conoce monseñor Dadaglio la célebre «*interview*» concedida por León XIII al «*Petit Journal*» y que fue publicada por éste el 20 de febrero de 1892. Era la primera vez que un Papa echaba mano de ese procedimiento. «*A mi parecer* —declaraba el Papa—, *todos los ciudadanos deben tratar de unirse sobre el terreno de lo legal. Cada ciudadano puede, es cierto, conservar sus preferencias íntimas; mas, en el dominio de la acción, no hay más régimen y Gobierno que el que la nación francesa se dio a sí misma. La República es una forma de Gobierno tan legítima como las otras.*»

No ignoraba León XIII, como se dijo en Francia por aquel entonces, que si «*no hay más régimen y Gobierno que el que la nación francesa se dio a sí misma*», podía la nación francesa, como echó abajo la Monarquía y en su lugar instauró la República, echar abajo la República y restablecer la Monarquía, y que, *por consiguiente*, los monárquicos franceses, que en su inmensa mayoría eran católicos, podían seguir siendo y actuando como tales, y llegada la ocasión, si esa ocasión llegaba, podían con igual derecho hacer lo que los republicanos habían hecho, cuando el 4 de septiembre de 1870 proclamaron la III República. No lo ignoraba León XIII; pero su política necesitaba por aquellos días, *según él pensaba*, del apoyo de una Francia fuerte y bien unida.

Los católicos, que eran monárquicos en su casi totalidad, reclamaron como ciudadanos contra aquella intromisión del Vaticano y el conde de París declaró: «*Jamás los monárquicos franceses han pedido al Papa que interviniera a su favor en las cuestiones políticas francesas. No admiten una tal intervención extranjera, ni a favor suyo ni en contra. Fieles a las tradiciones nacionales, la rechazan tan enérgicamente como aceptan con docilidad la autoridad doctrinal de la Santa Sede.*»

Sabe monseñor Dadaglio —lo citó ante la XVI Asamblea Plenaria— que el Papa León XIII dijo que «*no es misión de la Iglesia declarar cuál es la mejor forma de gobierno*» en un aquí y ahora determinado. Y sabe que los católicos franceses, por boca del conde de París, aceptaban con docilidad esa doctrina de que «*ni en favor ni en contra de una forma de gobierno debe la Iglesia intervenir*», y fieles a las tradiciones nacionales, rechazaron la intromisión del Papa.

Lo que no habían los francmasones de la III República conseguido hasta entonces —*quebrantar la unidad de los católicos*— lo consiguieron muy pronto con el apoyo político de León XIII. Por esa intromisión del Papa en los asuntos políticos de la nación, el Episcopado se dividió, se dividió el clero, se dividieron más profundamente los católicos franceses. Y el Papa no consiguió lo que pretendía en Francia y de Francia, como lo prueba la historia de la Iglesia de Francia, *tan villanamente perseguida y ultrajada en los primeros diez años del siglo XX.*

Los daños inmensos producidos a la Iglesia en Francia, NO por la doctrina de León XIII, SINO por el hecho de su injerencia política en la vida política de la nación francesa, fueron y son incalculables.

● Pues si de un Papa tan sabio y santo, tan gran Pontífice como ciertamente lo fue León XIII, se puede afirmar, *porque se puede probar*, que «se metió en política» y que «su política fue desastrosa para la Iglesia en Francia», no hay por qué extrañar, ni menos escandalizarse, de que bajo el Pontificado de otro gran Papa, el felizmente reinante, pueda afirmarse —*si es que se puede probar*—

(Pasa a la pág. siguiente.)

# Conjunto de "piropos" de la Santa Sede a la Conjunta

## Por PABLO ARTILES, Sacerdote

Si antes de conocerse el Documento de la Sagrada Congregación para el Clero, 37 teólogos españoles pusieron el grito en el cielo, desentonada y desafinadamente, clamando contra la mera posibilidad de su existencia, después han sido unas cuantas «eminencias» de Salamanca los que han pretendido echar tierra sobre él, alegando razones aptas solamente para simplones y tontos útiles que se chupen el dedo o para lectores totalmente ajenos a la realidad de los hechos.

Y así se ha llegado al increíble extremo de calificarlo de anónimo, sin valor alguno, y sin paternidad conocida...

Esta idea del anonimato y carencia de valor del Documento ha sido defendida por esos teólogos de Salamanca (?) (en Las Palmas por el padre Briales, S. J.), con carencia absoluta de objetividad y de seriedad; engañando en tan importante asunto al pueblo de Dios.

Antes, 37 gritones, negando posibilidad al Documento...; después, 4 ó 5 «sabios» de Salamanca echando barro para apagar la luz que nos llegaba de Roma, con infantilismo de rabieta y alegatos de mentalidades obcecadas.

De esta obcecación habla «Iglesia Mundo», y dice:

«Los que tanto se escandalizan de que saliera a la luz pública el famoso Documento no han tenido a menos de adoptar posteriormente la actitud inveracunda de lanzar un ataque frontal y total al mismo.

¿Despojan esas arremetidas de su autoridad a la intervención de la Congregación del Clero?

Sólo queremos indicar una cosa: que entre los que han afilado sus plumas contra las observaciones de la Sagrada Congregación... figura alguno que es notoriamente considerado como «contestatario»; hay otros que fueron los autores y panegiristas de aquel monumento de ambigüedades peligrosas que se llamó el Documento I sobre el sacerdocio, y no falta quien lanzó en su día el ataque más frontal y de fondo contra la encíclica «Humanae vitae».

A veces es un honor tener ciertos enemigos. Y al Documento de la Sagrada Congregación... le ha cabido este honor...» —concluye «Iglesia-Mundo».

Escrito este preámbulo, voy a proseguir la letanía, breve; pero fiel, de las observaciones de la Santa Sede, para conocer hasta qué punto es imposible dar «luz verde» a esas censuradas conclusiones cuando la Sagrada Congregación les ha puesto «luz roja».

¿Cómo se puede rechazar esa autoridad superior, que ha hablado muy clara y rotundamente? ¿Cómo se podrá obedecer a quien a su vez no sabe ser obediente a aquellos de quienes recibe toda su autoridad?

Seguimos, pues el rosario de «piropos» de la Sagrada Congregación a las conclusiones de la Asamblea Conjunta Española.

*ANALISIS DETALLADO*

«... si bien hay algunas correctas, toda la relación y el conjunto de sus conclusiones están viciadas por presupuestos y por ideas básicas.»

«... inversión y deformación de la naturaleza y de los fines de la Iglesia y del ministerio sacerdotal...»

«... mosaico de textos ... fuera de su propio contenido (que) constituye UN PROGRAMA POLITICO DETERMINADO, en favor del cual se aduce los conocidos textos del Evangelio utilizados abusivamente...»

«... estadísticas, encuestas, etc. ..., de orden estrictamente económico.»

«Sorprende que, por una parte, se hable continuamente de problemas económicos, de medios materiales, de bienes de consumo...; y, por otra, se acusa al pueblo español de materialista, de no tener otras metas que el bienestar material...»

«... se lamenta una cierta mentalidad capitalista..., tomando teorías de un materialismo socialista...»

«Los defectos del capitalismo son presentados como el pecado más grave, como el origen de todos los males sociales y personales, etcétera, mientras *no se encuentra ni una sola palabra de reprobación contra el marxismo, el ateísmo, etc.*»

«... se pretende justificar (la) deformación de la Iglesia, de la fe cristiana, del ministerio sacerdotal...»

«... el cambio radical del mundo moderno... es considerado como un valor absoluto, único e irreversible.»

«... reivindicando una independencia total del poder civil actual en España..., SE TERMINA POR SOSTENER... QUE EL PODER CIVIL... DEBE DEPENDER DEL CLERO...»

«... no se trata de rechazar o corregir expresiones o proposiciones concretas: ES LA BASE MISMA DEL DOCUMENTO QUE NO PUEDE ACEPTARSE».

«La voz de Dios nos llega a través de los signos de los tiempos.»

«Esta ambigua... equiparación (con el Evangelio)... puede justificar cualquier cosa...»

«... se lanza toda clase de acusaciones contra el llamado régimen de cristiandad, etcétera.»

«... inspiración luterana y característica de la llamada «teología de la muerte de Dios», o de la teología de la secularización, etcétera; rechazo de un «Dios tapaagujeros», salto en el vacío de la fe, etc..., contrarias a las declaraciones de la constitución dogmática «Dei Filius» del Vaticano I...»

«... se conoce mal el carácter sobrenatural de la fe, tanto en su contenido objetivo o depósito como en su ejercicio personal como virtud infusa».

«... se habla... como de cosas... diversas, de una «fe rural» y de una «fe urbana».

«... se presenta como elemento esencial de la misión salvífica de Cristo «la liberación de los pobres y de los oprimidos» (términos utilizados en un sentido político).

«La salvación... se está ya operando en este mundo...; la liberación de las opresiones político-económicas, VIOLANDO CLARAMENTE LOS MISMOS TEXTOS DE LA SAGRADA ESCRITURA QUE SE CITAN.»

«... la misión de la Iglesia es considerada... desde el punto de vista de la liberación político-económica...»

«... se afirma la necesidad del compromiso político del sacerdote».

«... convertirse es trabajar con todas sus fuerzas contra la distribución desigual de los bienes».

«... se dice que la Iglesia quiere ser independiente de cualquier poder terreno... para participar en los movimientos... de liberación...; esto resulta contradictorio...»

«Los ejemplos podrían multiplicarse, tomándolos del texto...»

Y como esta letanía de «piropos» es muy larga, la proseguiremos otro día, si el lector y ¿QUE PASA? no se han cansado ya de tanta «belleza»...

## LOS HAY QUE NO PARAN

Recientes algunos relevos de altos cargos en el Ministerio de Educación y Ciencia, remitimos a nuestros lectores al diario de Madrid «Nuevo Diario», del 29 de octubre de 1970.

En la página 3 dice: «El ministro de Educación y Ciencia, señor Villar Palasí, a su regreso de París, donde ha participado en la Asamblea General de la UNESCO, ha declarado que dicha Asamblea está más politizada que nunca.» Pues bien: según el mismo periódico, página 6, en esa Asamblea tan politizada, donde «esta mañana se estaba discutiendo en la UNESCO, de París, el tema de los colonialismos», se ha producido «la elección de Ricardo Díez Hochleitner para el Comité Ejecutivo de la UNESCO, por 88 votos a favor, cuando solamente se necesitaban 60».—A. DE GREGORIO.

(Viene de la pág. anterior.)

que «el Nuncio de Su Santidad en España hace política», que hay en España «obispos que hacen política» y que «la Conferencia Episcopal Española se mete más de lo necesario en la política interna de la nación».

El efecto más evidentemente desastroso que tuvo en la Iglesia de Francia, NO la doctrina de León XIII, SINO su injerencia en la política de Francia, fue la *desunión, nunca mayor en aquella Iglesia.* El efecto más desastroso que hoy tiene, NO la doctrina expuesta por el Nuncio de Su Santidad ante la XVI Asamblea Plenaria del Episcopado, SINO la política que a las veces él representa, es *la desunión, ya inocultable y cada vez mayor, de los católicos en general y, más en particular, la desunión del clero y aún la de los obispos, dentro de nuestra Iglesia de España.*

● Hay en la Iglesia de España quienes tiran piedras contra el Estado y Régimen, que España, como nación, se dio a sí misma, y le tiran piedras, NO por lo que declara ser y declara querer ser en sus relaciones con la Iglesia, SINO por lo que *esos que tiran las piedras dicen que el Estado español, aunque se llama "Católico", es en realidad y de hecho con respecto a la Iglesia.*

Lo que la Santa Sede *debe ser* y declara querer ser con respecto al Estado, eso lo sabemos y el señor Nuncio se lo recordó a los obispos de España y a los obispos auxiliares de los obispos de España reunidos en la XVI Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal; pero..., ¿es la Santa Sede *en realidad* y son *de hecho* los obispos y la Conferencia Episcopal lo que declara el Nuncio que deben y quieren ser?

Los católicos de España —cada vez más desunidos entre sí— no lo están doctrinalmente. Lo que divide a esos católicos NO es la doctrina sobre el Estado y la Iglesia que el señor Nuncio expone, SINO el hecho de que esa doctrina, *aceptada con docilidad por todos,* deja de ser doctrina y se transforma a las veces en pretexto introductorio de una injerencia política.

Proseguiremos.

# Diálogo de Lozano y las lozas

Por JAIME RUIZ VALLES

Vimos cómo el «Cristiano impaciente» injuriaba la religiosidad de España. Ahora mismo, de entre los legajos de «Destinos» esparcidos por la vieja en la calle, Trigecio había recogido otro número con esta frase: «que los cristianos españoles son así, y no pueden ser de otra manera: son cristianos de cristiandad, de *cristianismo institucionalizado y nacionalizado, impersonal e inercial*».

*Constantino.*—¡Ea, de cristiandad, a mucha honra! Nación cristiana: ¡Dios la conserve!... ¿Y esos que no se dan por españoles, como Lozano, premio Juvany?

*Trigecio* (leyendo): «Al menos es de *la raza que engendró Lamennais*, de donde saldría ese catolicismo que al fin reconciliaría al mundo con la fe...

*Constantino.*—¿Así de *conciliador* el apóstata renegado, que ni aun en el lecho de muerte quiso *reconciliarse* con Dios ni recibir sus sacramentos? ¿Ese es el que *reconciliaría* al mundo con la fe?

*Trigecio.*—Sin duda, su «fe» de excomulgado impenitente; esa «fe» laicizante que se «seculariza». De esa raza, él mismo dijo que «afrancesada», fue parido el que ahora es premio de la Conferencia Episcopal. Leamos: «Es esa descendencia de Lamennais la que guarda el honor de la Iglesia ante el mundo moderno»..., la que borra «las terribles arrugas que afeaban su rostro»...

*Autor.*—Por lo que atañe a la fe de *«aquellos a quien Dios ama»*, vanos son estos impudentes y gárrulos alardes, y el desquite en esas sacrílegas injurias. No lograrán borrar el vicio de origen, ni la bastardía con la que a Lamennais le invocan por progenitor.

Eso diciendo, Autor miraba distraído el curioso diseño de las lozas que, en forma de murales, adornan el testero de aquella plaza. Son cuatro cuadros, con referencia a unos mismos episodios. Dijérase un auca antigua, si no fuera la gravedad del tema, y que el fuego endureció en sus hornos los esmaltes para perpetua conservación y circunstanciada memoria de lo que narran.

Uno de los cuadros figura el rastrillo de la antigua Ciudadela; al fondo, rejas. Unos clérigos y caballeros allí encerrados reciben en fervorosa actitud la comunión, para ellos Viático. Y dice la leyenda: «Los que sostienen la toalla quedaron absortos al ver la tranquilidad y fervor de los prisioneros.»

Más allá, en otro cuadro, el cadalso... Las tropas de Napoleón vigilan a los prisioneros.

*Trigecio.*—Y dice el «Cristiano afrancesado»: «Este abrazo del mundo moderno...» «Ese catolicismo hispánico, tan protegido...» «Este hecho de definitiva profundidad histórica y cultural: que el Concilio Vaticano II está significando para España algo así como su hora de la Revolución Francesa» («Destino», 1572).

*Autor.*—Veo el segundo cuadro: «Suben a la Ciudadela por la explanada». Al fondo, las cúpulas que aún subsisten. En torno, recios muros, coronados de soldados con sus morriones. Un bosque de bayonetas. El tambor, que aun lleva, arrollado a cuestas, su manta de invasor, redobla. «Los prisioneros son conducidos a la ejecución.» Resaltan, con sus rostros astutos, «los que les vendieron».

*Trigecio.*—Pues *Lozano*: «Esta ceguera de hoy, esta voluntad de resistencia, no va a tener atenuantes ni excusas de ninguna clase.» ¡Esta hora de su Revolución, este Concilio, «aunque haya sido defendida por ateos u hombres antirreligiosos y antiateos y olvidada por los cristianos mismos»...!

● Por un rato aparté mi mirada de aquellas composiciones. Su cegadora luz conceptual me producía cierto cansancio. Mi vista divagó entonces por las claves de arco góticas de las ventanas en el muro exterior del claustro, que también cierra la plaza: ángeles con flautas y tamboriles, con gaitas y con dulzainas. A esta hora, el sol ya abrasaba, haciendo más placentera la sombra de las acacias. Había holgura, por un pasadizo, para ir a refrescarse en el cazo de la fuente de los filipenses. Trigecio, volviendo de ello:

*Trigecio.*—Bien está lo que dijiste del vicio de origen en la descendencia de Lamennais. Vi en tu mirada, al decirlo, un particular ahínco. ¿Por qué?

*Autor.*—Lee tú mismo.

Trigecio leyó en Lozano, en torno a su relación con la Iglesia, esta exasperada exclamación: *¡Qué no daríamos por un Lamennais muerto en su seno!*»

*Autor.*—¿Qué no darían para mejor fingir y engañar? Esta muerte impenitente no lograrán borrarla ni el premio Juvany ni la Conferencia Episcopal ni tampoco la aparente privanza actual de esta monstruosa herejía. En tanto el poeta:

*«un bel morir onrra tutta la vita».*

Esos leves titubeos míos, esos afianzamientos, vicios son al hablar, como el traslucir demasiado al rostro los pensamientos. Contemplaba, os lo diré, la grandiosa trascendencia del morir: su hora resume todas las horas. Mientras vivimos, hay lugar a enmienda, y la virtud, corre el riesgo de claudicar. Pero la muerte es el gran acto de la vida. Ella nos pone a salvo a la otra orilla dándole a ésta su sentido entero, o definitivamente nos condena. Por ello la muerte es nuestro gran testigo. Toda la fe crisiana descansa sobre el testimonio de los mártires, cuya muerte lo es a imitación de Cristo. Aun sin las pruebas de este martirio, lo es la muerte cristiana aceptada con resignación, como un supremo despojarse de las cosas de este mundo, entregándose a Dios por entero, la «vía estrecha», la única virtud cristiana indeclinable. Junto a eso, ¿qué significa la orgullosa y desesperada protervia que se complace hasta el instante supremo en dar coces contra el aguijón?

*Trigecio.*—Pues veo que a pesar de todo Lozano se irrita, y en torno a Lamennain nos pregunta: «¿Cómo prescindir de su voz cristiana al fin (?) y al cabo (?) en esa época?»

Autor se había vuelto a mirar en las lozas. El cuadro tercero representa el cadalso. Dice: «En el glasis de la Ciudadela; testigos las tropas invasoras y los traidores...» El Rvdo. Joaquín Pou yace inerte. El que le sigue, teatino, se ha despojado el manteo y cubierto el cadáver. En pie, en el cadalso, tiende la mano y reza un responso. Abajo los restantes, abrazados a sus confesores, se preparan a morir.

*Una voz.*—«Se dice que Lamennais fue un profeta demasiado temprano, como si esto disculpara a quienes no supieron o no quisieron escucharle» («Destino», 1496).

Había sonado la hora de los misterios. Detrás mío, arriba, la gárgola monstruosa echara una llamarada. El ángel de los timbales sonó el cuarto de hora. Y ahí estaba, frente a las lozas, el mismísimo Lozano, con sus gafas ahumadas (quizás no veía el ocre, veía el bistre), mirando al cuadro, y con voz despectiva, volviéndose a nosotros: «¡Qué español es esto...!» («Destino», 26-VIII-67).

*Las lozas.*— El párroco de la Ciudadela ya entregó su alma a Dios. Vedle ahí, tendido, al pie del garrote vil. El se oponía a esas tropas que siembran la Revolución.

*Lozano.*—¿De veras? «La pluralidad de familias de espíritus en la Iglesia es solamente una gama de intentos de encarnación...» «Ahora el Concilio Vaticano II está significando para España algo así como su hora de la Revolución Francesa...»

*Las lozas.*—Sigue el teatino, reverendo don Juan Gallifa. Muere por su patria y su legítimo rey don Fernando VII, en defensa de nuestras cristianas leyes...

*Lozano.*—«Cuando política y religión se ayuntan en un matrimonio..., ya se sabe quién paga esa armonía: la religión.»

*Las lozas.*—Ved con todo eran venerables clérigos, devotos, minuciosos...

*Lozano.*—«¡Curas chapados a la antigua, tradicionalistas, preconciliares, curas españoles, en una palabra!»

*Las lozas.*—Viandantes que por acaso pasáis, mirad esos honrados caballeros, cuán cristianamente se preparan a morir...

*Lozano.*—«Sé sincero, y te llamarán apóstata; sé hipócrita, y te llamarán hombre de honor.»

*Las lozas.*—Subteniente don Joaquín Navarro, oficial don Juan Massana, y don Salvador Aulet. Después de los religiosos, subirán ellos al cadalso; cristiana tierra acogerá sus cuerpos; sus almas...

*Lozano.*—¡Cristiana tierra! La tierra no tiene por qué ser cristiana: ha de ser laica, y que «España se incorpore a esa modernidad, renunciando a su orgulloso casticismo .. castificado y nacionalizado.» ¿Queréis por modelo un epitafio de «lo más granado de nuestros valores intelectuales y éticos»?

*Las lozas.*—Rogamos una oración...

*Lozano.*—Las lozas no saben escuchar, solamente hablan. El diálogo...

*Las lozas.*—Y que estas lozas sirvan de epitafio...

*Lozano.*—Por contra, el mío; ahí va: «Aquí descansan los restos de don Francisco G. Barnés y Tomás, doctor en Teología y Filosofía y Letras, licenciado en Derecho, catedrático...

*Las lozas.*—Y sirvan también de ejemplo...

*Lozano.*—El mío, «numerario de esta Universidad. Fue sacerdote católico. Mientras creyó en el dogma, practicó los actos de la religión con dignidad...

*Las lozas.*—Estos dos clérigos...

*Lozano.*—«Y escrupuloso respeto. Cuando después de maduro examen y ejercicios continuados de razón, dejó de creer en el orden sobrenatural (que juzgó fantástico), su carácter sincero no le permitió continuar una vida interior farisaica, burlando y explotando ..

*Las lozas.*—Y estos tres laicos...

*Lozano.*—El mío, cura «prosiguió a la Naturaleza, nuestra madre común. Contrajo matrimonio con digna mujer. Fue padre de familia, cuyos deberes no descuidó un instante»...

*Las lozas.*—Merecerán de Dios...

*Lozano.*—«En el trato con toda clase de personas se ofreció como hombre sin fuero ni privilegio religioso. Fue demócrata por convicción.»

*Las lozas.*—Y su fe...

*Lozano.*—«No creyó en otros milagros que la instrucción y el trabajo. Murió en la paz de Dios a los cincuenta y ocho años de edad.»

El cuarto de hora había pasado. Sonó el ángel pétreo sus dos timbales. La gárgola dijo: ¡Ya, lozas, callad!, y tú, Lozano, vuélvete a empapelar en tus «Destinos». Debió mirar Lozano: por la boca gargarizante no vería más que el viento (o el vitriolo). Vuélvese letra. Todavía el hinchado «Destino» arrastró en el suelo su voz: ¿Creéis que éste era el epitafio perfecto? Aunque «de lo más granado y ético», pero falla en algo: resulta demasiado dogmatizante («Destino», 1584).

Seguirán las palestras.

# Las razones de don Blas Piñar

Por J. A. FERRER BONET

Una vez más, la amarga realidad da toda la razón a don Blas Piñar, que afirmó en una conferencia política, pronunciada hace poco en Guadalajara, no admitir «la tesis fatídica y fatalista de que una dinastía produzca siempre príncipes liberales y que la dinastía carlista produzca siempre príncipes leales a la Tradición.»

Discrepa de este juicio don Francisco López Sanz, y le replica a través de las páginas de «El Pensamiento Navarro», del pasado 15 de junio, afirmando que la Dinastía Carlista produjo siempre príncipes leales a la Tradición, «con una sola excepción que dio lugar a una aleccionadora y rotunda afirmación doctrinal.» Se refiere, naturalmente, al caso de Juan III, del cual la muy célebre y fundamentada carta de su madre, la princesa de Beira, que el 25 de septiembre de 1864 dirigía a todos los españoles, proclamaba textualmente: «Supuesto que mi hijo Juan no ha vuelto, como yo se lo pedía, a los principios monárquico-religiosos, y persistiendo en sus ideas, incompatibles con nuestra religión, con la monarquía y con el orden de la sociedad, *ni el honor, ni la conciencia, ni el patriotismo permiten a ninguno reconocerle por rey»* ... «nuestro rey legítimo es su hijo primogénito, Carlos VII.»

Pero, desgraciadamente, no es esta la única excepción. Como tampoco acababa la dinastía de don Alfonso-Carlos, aunque ahora afirme lo contrario don Francisco López-Sanz, para silenciar una defención muchísimo más grave que la de Juan III, como lo es la mantenida de unos años a esta parte por don Javier de Borbón-Parma y su hijo Carlos-Hugo.

Son manifiestamente contrarias al Credo Tradicionalista las siguientes declaraciones de don Carlos-Hugo hechas a la revista «Familia Nueva», de diciembre de 1970:

«*Un Estado confesional es hoy día, de alguna manera, anticatólico.*»

«En el carlismo hay un abanico de opiniones totalmente abierto, desde los diversos integrismos a los progresismos más avanzados. Pero no existen en el carlismo segregaciones. Ni social, ni generacional, ni, por supuesto, ideológica.» Dialéctica marxista más clara ya no puede desmentirse.

Una traición y perjurio más grave hacia el pensamiento y la conducta obligada en los que de verdad quieren ser carlistas lo constituye el sumarse los seguidores de don Javier y don Carlos-Hugo a la campaña internacional antiespañola con motivo del proceso de Burgos. En dicha ocasión, y según una nota no desmentida ni autorizada, difundida por el llamado «Servicio de Prensa del Carlismo», por los jefes regionales, provinciales y locales, así como por los jefes de Hermandades de Ex Combatientes de Antiguos Tercios de Requetés, el 29 de diciembre de 1970, fueron cursados al Jefe del Estado español con motivo de haber sido hecha pública la sentencia que puso fin al Consejo de Guerra celebrado en Burgos contra los reos de la ETA, el siguiente telegrama:

«JEFE DEL ESTADO ESPAÑOL. MADRID.—POR EL FUTURO DE ESPAÑA: INDULTO, AMNISTIA, LIBERTAD POLITICA.—29 diciembre 1970.»

Jamás antes del mandato javierista y carloshugista fue posible en el carlismo semejante actitud de probada convergencia con los enemigos de España. Ni habían sido concebibles los elogios de «Mundo Obrero», órgano del Comité Central del Partido Comunista de España, como los viene prodigando hacia dicho sedicente «carlismo» de unos años a esta parte.

«Montejurra», de abril de 1971, publica una «encuesta a la juventud carlista» muy del estilo de la escuela de don Carlos-Hugo, en la que afirma que un 78 por 100 —casi cuatro de cada cinco encuestados— piensa que se puede ser carlista y ateo a la vez, y nada menos que un 92 por 100 de los encuestados afirman no es ninguna herejía hablar de un carlismo socialista..., y el más alto porcentaje piensa que el carlismo, principalmente, es un partido político.

Y para que no quede ninguna duda de que a don Blas Piñar le sobra la razón, transcribiré algunas frases de lo que el pasado 7 de mayo fue dicho en el acto político de Montejurra:

*De la declaración del «Partido Carlista».*

«Sin la revolución que elimine todos los obstáculos económicos, sociales y políticos, no será posible la revolución social permanente que conduzca al hombre al ejercicio de la libertad.»

«Nuestra revolución social es demasiado profunda para que llegue sin dolor... Es democrática y necesita de un pueblo.., no teme a la violencia...»

*Palabras de la infanta doña Cecilia.*

«¡Carlistas!, somos un partido en marcha con la revolución, porque nuestra acción es un resucitar continuo... Seremos, a través de nuestra revolución, felizmente lograda, responsable de un «mundo nuevo», que tanto hombres, *cristianos y marxistas*, buscan angustiosamente. Quisiere llevar a todos... el afán de la lucha revolucionaria...»

*Mensaje de don Javier al pueblo carlista.*

«... estamos en la revolución social. Revolución que establezca estructuras que no sean opresivas.. La Iglesia y el Ejército, por su gran influencia en la sociedad, tendrán que presentarse ante el pueblo español como independientes en cualquier proceso político que discurra por vías de garantías democráticas que desde la oposición estamos forzando... El carlismo ha logrado hacer desembocar sus tensiones internas, que harían disgregarse a otros grupos en una fructífera dialéctica... Un instrumento: el Pacto Pueblo-Dinastía. Una forma: LA MONARQUIA SOCIALISTA...»

*Extracto de la circular ciclostilada «Partido Carlista», Cataluña, número 5.*

Página 1. Título: «Organicemos la lucha clandestina». Su contenido es estrictamente marxista.

Página 2. Título: «Montserrat-72: un éxito». Transcribiré sólo una frase para que el lector pueda tener una idea exacta de lo que constituyó el acto de Montserrat, celebrado el pasado 28 de mayo: «El público ya hablaba de los letreros que subiendo por la carretera habían podido leer. Se comentaba lo de CATALUNYA AUTONOMA, LLIBERTAT REGIONAL, DICTADURA NO, CARLISME SI, CARLES-HUG LLIBERTAT, y otros más subversivos. Por todas partes las siglas G. A. C. (Grupos de Acción Carlista).»

«Mundo Obrero», órgano del Comité Central del Partido Comunista de España, en su número correspondiente al pasado 25 de mayo —después del acto de Montejurra, pero antes del de Montserrat—, en su tercera página, titulada «La política exige realismo», publica en su texto el subtítulo siguiente: «Una convergencia posible y necesaria», con la siguiente afirmación: «Quienes demuestran capacidad de convocatoria son los que propugnan soluciones democráticas y aceptan una convergencia realista para promover la libertad. *Lo ha evidenciado la última concentración carlista de Montejurra con sus actitudes renovadoras*». Y ya sabemos qué actitudes son las que a los comunistas les merecen el calificativo de «actitudes renovadoras».

Esta situación hasta aquí descrita ha llegado a ser posible gracias a la convergencia de los Borbón-Parma con la política vaticana, principal alentadora de la «opción socialista» para los católicos. Sirviendo a la política del reformismo vaticanosegundo, los Borbón-Parma se han apartado del Ideario Tradicionalista y de la fidelidad que les profesaban la mayoría de los carlistas. Como muy bien ha dicho Aurelio de Gregorio desde las páginas de ¿QUE PASA?, al afirmar que: «En otoño de 1966, don Javier de Borbón Parma recomendó por todos los medios a su alcance que se votara a favor de la imposición de las normas del Concilio sobre libertad de cultos al Fuero de los Españoles. Esta única decisión suya tuvo tres efectos: Que perdiera la legitimidad de ejercicio a los ojos de los que aún creían que la iba, aunque penosamente, salvando. Que consagrara oficialmente un giro de ciento ochenta grados hacia la revolución que entonces se iniciaba en sus filas. Que fuera definitivamente excluido de la instauración monárquica que nació y se configuró a partir de aquella votación. Desde entonces, la Comunión Tradicionalista se desmorona; las infiltraciones marxistas se instalan en los mandos y se objetivan en los escritos de la organización. Los carlistas más distinguidos por su saber y su dedicación se marchan en distintas direcciones, y son reemplazados rápidamente, y sin pena, por advenedizos de ideología marxista y progresista, que desplazan a los ortodoxos que aún no se habían ido.»

Lo hasta aquí expuesto prueba fehacientemente que a Blas Piñar le asiste toda la razón. Don Javier y su hijo Carlos-Hugo son príncipes que después de proclamarse pretendientes, que su monarquía era la del 18 de julio, se han pasado con armas y bagajes al socialismo, y don Javier ha hecho expresa afirmación de MONARQUIA SOCIALISTA.

---

## UNION PRO MISA TRIDENTINA

Muy distinguido consocio de la Unión:

Los días 5 y 6 del próximo mes de septiembre se celebrará en Zaragoza una Asamblea de sacerdotes, religiosos y seglares del mundo entero, reuniéndonos a los pies de la Virgen del Pilar. Sabemos que acudirán en gran número, y de todos los países.

Además de comunicárselo para invitar a todos los que puedan acudir, para que asistan personalmente, creemos que ha llegado una ocasión oportuna para empezar a actuar, elevando nuestro clamor en pro de la Santa Misa Tridentina Latina de San Pío V. Parece muy a propósito que, siendo esta reunión internacional en pro de la conservación de la Fe y de la Moral católicas, procuremos evitar que se infiltre una Misa de significación dudosa o equívoca, como han llamado al «Novus Ordo» personas de no escaso relieve. Por ello, sería deseable, y *se lo pedimos encarecidamente*, que cada uno de los asociados o simpatizantes que usted conozca nos escriba *personalmente* para que podamos presentar estas peticiones, a fin de que todas las celebraciones se hagan, además de en latín, utilizando la Misa tridentina tradicional durante dicha Asamblea. (Escribid al Apartado 2168.-Barcelona.)

Es una oportunidad que no podemos desaprovechar y que demostrará que somos muchos millares los que así pensamos. No deje de enviarnos su petición y las de los amigos y adheridos.

Durante la Asamblea tendremos para nosotros conferencias particulares.

Affmo. s. s. en Cristo-Rey.—El presidente, RAMON SERINANELL, PBRO.

# ¿Una Iglesia paralela en España?

## *Por LEON TEJEDOR*

Nunca es tarde si la dicha es buena. Nunca será tarde ni nunca dejarán de ser de actualidad los comentarios que puedan hacerse a esta barahúnda de problemáticas que surgen día a día como consecuencia de la esplendorosa primavera que está gozando nuestra Santa Madre Iglesia después del Concilio Vaticano II. Las tensiones, en vez de aflojar, se agudizan. Las diferencias ideológicas se hacen abismales. Los alejamientos de grupos se acentúan. La dispersión se está viendo venir porque la lucha dialéctica —sólo nos falta la violencia— se ha convertido en arma de guerra incruenta dentro de las filas de los católicos. Y todo esto, claro está, lo refiero a nuestra España.

Hasta ahora éramos los seglares y los sacerdotes los que lidiábamos en la arena de la prensa. Mas a partir de ahora, se han incorporado también a la pública discusión que mantenemos nuestros propios obispos. Han comenzado a tomar parte, báculo en mano, mitra en la testa, y con la íntegra autoridad que ellos creen continuar teniendo, para litigar en pleitos y dictar sentencias de ámbito nacional. Pero quede bien claro que al hablar de obispos hago la salvedad, honrosa salvedad, que no me refiero a todos ellos, porque gracias a Dios continuamos teniendo aún a un fuerte grupo muy puro, muy valeroso, muy amante de la Iglesia y de sus doctrinas, muy valiente y muy en consonancia con el «sensus Ecclesiae», que por muchos siglos ha sido la nota distintiva de los prelados consecuentes con su misión divina entre las almas. Al hablar de obispos, el lector sabe bien que estoy aludiendo a los de la nueva ola, a los reformistas, progresistas, políticos mundanos, y en ellos entran los de toda edad y condición. Son esos obispos que bien conocemos, y quien quiera saber sus nombres y apellidos no tiene más que ojear todos los días las páginas del «Ya» y las de «Vida Nueva» y podrá enterarse a satisfacción, porque el periódico de la santa casa y el semanario de desinformación religiosa, solamente alaban a esta clase de prelados en concomitancia muy estrecha con las doctrinas socio-políticas que propugnan, muy alejadas generalmente de las auténticas y genuinas de la Iglesia de Dios.

En mis manos —y porque un amigo me lo ha dejado, ya que yo no suelo dar mi dinero a esta prensa sectaria— un ejemplar de «Vida Nueva», la revista de Descalzo. Es algo vieja, porque lleva fecha del 10 de junio. Leo un artículo titulado: «¿Una Iglecia paralela en España?», que firma Joaquín L. Ortega. Este angelito escritor se vale de unas frases del arzobispo de Tarragona, Pont y Gol —de quien ya me ocupé en un artículo anterior—, para denunciar la instauración de una nueva Iglesia en España al margen de nuestra jerarquía. El prelado tarraconense, al que ya conocemos bien y de sobra, se alarma, se inquieta, lanza gritos contra los herejes. «Está brotando una Iglesia paralela a título de tradición y con pretexto de ortodoxia», se desgañita chillando en sus escritos. Joaquín Ortega comenta, utilizando el estribillo de una canción: «Ya lo sabía, ya lo sabía», porque sigue diciendo el columnista al servicio de Descalzo que: «Pont y Gol ha tenido el mérito de decir algo nuevo, o más bien el valor de atreverse a denunciar algo que todos sabíamos.»

De la noche a la mañana, gracias a las declaraciones de Pont y Gol, y de Ortega, me entero que ya no pertenezco a la Iglesia de verdad, sino a la paralela. Que soy otro Lutero, otro Calvino, otro Enrique VIII, u otro padre Carrillo de Albornoz, el jesuita que se marchó con los protestantes Y conmigo, una legión de católicos, fieles, obispos y sacerdotes, que no comulgamos con la mentalidad ni eclesial ni política —porque se valen de lo eclesial para hacer política— de estos ilustres periodistas, curas periodistas y obispos de la nueva ola. Nos echan de la Iglesia. Ya no somos católicos. Hemos pasado al bando de los disidentes. Nos vamos a ir al infierno. El cielo será para ellos, almas benditas, piadosas, humildes, pobres de solemnidad, inflamadas de celo divino y amantes en grado sumo de la gloria de Dios, el bien de las almas y los cuerpos de los desheredados, marginados, empobrecidos, hambrientos y mutilados en el disfrute de sus derechos humanos. ¡A lo que hemos llegado sin darnos cuenta: ¡Pobrecitos de nosotros! ¡Qué triste nuestra actual situación!

Pues siendo así como es, a juicio de los progreseros, deberíamos decir: Con la música a otra parte. Y alejarnos de esa «auténtica» Iglesia que ellos dicen representar, y crear la nuestra, o mejor dicho, insertarnos de lleno, rotundamente, en esa Iglesia que esos sujetos llaman «paralela». De este modo evitaríamos las fricciones, las disputas y las disensiones. Ustedes, en la suya y nosotros en la nuestra, pues como dice el refrán: «todos los caminos conducen a Roma», y para acercarnos a Dios y gozar de su presencia yo no necesito ninguna de las doctrinas que me propugnan ni Pont y Gol, y menos la revista de Martín Descalzo. Eso sí, necesito un grupo de obispos de esa supuesta iglesia paralela que me conduzcan por la senda y el camino de la verdad. Cuando los haya, tengan la seguridad de que seremos multitud ingente los que les seguiremos, y tanto, que es muy posible que esos obispos, esos curas y esos periodistas que nos acusan ya de «paralelos», se quedarán solos en compañía de sus doctrinas, porque el pueblo fiel tiene muy buen olfato y ha olido desde hace tiempo quiénes son esas gentes. Y si quieren saber que esto es cierto no tienen más que salir a la calle y preguntar al sufrido pueblo de Dios qué le parecen esos curas, y esos obispos, y esas ganas de casarse que tienen tantísimos de ellos, por no decir una inmensa mayoría. Van a oír frases fuertes, como yo las estoy oyendo.

Pero los tiros de Joaquín L. Ortega, que los dispara con calibre aún más pesado que los cañones del 15,5, apuntan hacia el blanco del obispo Guerra Campos. Aquí es donde está la madre del cordero. Aquí es donde les hace mucha pupa a ciertos obispos y a ciertos curas periodistas. Aquí, y precisamente aquí, ven ellos el origen de esa Iglesia paralela. Las charlas del obispo marginado por la Conferencia Episcopal Española, marginación que es una de las mayores injusticias e impúdica vergüenza que haya podido cometer jamás en la Historia de la Iglesia, en nuestro país, un grupo de obispos en asamblea; esas charlas, que son seguidas por millones de españoles lunes a lunes, con más televidentes semana tras semana, y que todo hay que decirlo, porque es cierto, que se han intentado torpedear por quien puede hacerlo, con la excusa de pluriformismo ideológico de nuestros obispos, pero que no se ha hecho caso; esas charlas, repito, tan luminosas, tan diáfanas, tan doctrinales, tan eclesiales y tan en comunión con el Papa, y tan maravillosamente dichas, porque el verbo de Guerra Campos es elocuente y arrebatador, están abriendo llagas en muchos miembros prelaticios que pensaban arrinconar en el desván de los olvidos a tan insigne prelado, que ya se le denomina —¿QUE PASA? fue el primero— el obispo de España, y que contemplan cómo se erige, merced a su talento y a TVE en el obispo número uno de España.

Por eso, y solamente por eso, por esa envidia que corroe corazones que debieran ser magnánimos, se le acusa a Guerra Campos de haber creado una Iglesia paralela. ¿No se dan cuenta esos prelados y esos periodistas que los argumentos que esgrimen se revuelven frontalmente contra ellos mismos? ¿Ignoran que están haciendo el ridículo?

Porque Joaquín L. Ortega aduce más testimonios en su tesis y no se conforma con los de Pont y Gol. Trae a colación palabras del obispo de Mondoñedo, Araújo Iglesias, y del cardenal de Madrid, Enrique y Tarancón. Y espera que otros obispos levantarán su voz. Porque «el asunto es grave», y tan grave, decimos nosotros, más grave de lo que esos mismos obispos se suponen. Pero lo que esos obispos dicen, más valiera que lo emplearan en rebatir doctrinalmente los argumentos expuestos por Guerra Campos en sus charlas. Saben que no pueden hacerlo porque el obispo **dimisionado** lleva todas las de ganar. Estos prelados atacan, acusan, con argumentos personales si se quiere, pero nunca doctrinales. No vale decir que se fomenta la desconfianza de los fieles en los pastores. Y menos aún que se sienten responsables del depósito de la fe y sus custodios. O que están estrechamente unidos con el Papa. Eso no es decir nada, eso es sencillamente, en el **argot** periodístico, un bla, bla, bla. Lo que tenían que hacer, si ellos creen que Guerra Campos falsea los principios, la doctrina, los dogmas, la moral, es responder con las mismas armas dialéctica de la razón y de la doctrina y no con argumentos «ad hominem», utilizados principalmente por quienes carecen de recursos doctrinales.

Un cura que tuve en mi parroquia solía decir con frecuencia que en el pecado se lleva la penitencia. Eso les está ocurriendo ahora a los obispos que pecaron tan democráticamente en el caso de la cesantía del ínclito obispo de España. La penitencia la llevan encima, y la continuarán llevando por mucho tiempo mientras no entonen el «mea culpa, mea máxima culpa», pero con sinceridad y con humildad. Si ellos requieren a los fieles del pueblo de Dios arrepentimiento sincero para acercarse a Dios, ahora tienen una magnífica ocasión de poner en práctica lo que a otros exigen. Mientras no hagan, sepan que la penitencia les acompaña.

Y para curarse en salud se inventa la fábula, como aquella de los caramelitos envenenados, de la Iglesia paralela. ¡Qué pillines son! Menos mal que hace tiempo, precisamente por sus obras, los conocemos.

---

# La infección sigue adelante

Los alumnos de una facultad eclesiástica de cierta ciudad española acaban de alegar ante su obispo que afirmaciones publicadas por éste en defensa de la fe y de la moral chocan abiertamente —son sus palabras— **«con lo que nos enseñan en nuestra facultad».**

Los que padecen de cerca esta situación no pueden aquietarse con declaraciones evasivas, y menos si con ellas se extiende un manto encubridor, un manto de optimismo apologético mientras la infección sigue adelante. Esta pasividad les conturba, y algunos llegan a decir que les parece un encubrimiento

Los que acceden al Episcopado con sus quejas no discuten de pormenores opinables, no tratan de imponer sus gustos, no restringen la libertad de nadie; sólo piden no ser engañados, quieren recibir de la Iglesia, para ellos y para sus hijos, la verdadera doctrina de la fe. No atacan; se quejan, se defienden; llamarles tales como inmovilistas, por mucho que se pondere el valor medicinal de los insultos, no pone remedio en la injusticia.

(Mons. Guerra Campos. TV, 27-VI-72.)

## HISTORIA DE LAS GRANDES CRISIS DE LA IGLESIA

# UN PAPA EXCOMULGADO POR SU NEGLIGENCIA FRENTE A LA HEREJIA

(3) ***(Tomado de la obra «La salvación de la Iglesia», traducción del Dr. Luis González)***

*EL PAPA HONORIO DA SU APOYO A LOS HEREJES*

Desgraciadamente, el Papa Honorio I, preocupado por la necesidad de lograr la unidad de los cristianos, noble anhelo en todos los tiempos y muy urgente en esos momentos, debido a la nueva amenaza de invasión, esta vez musulmana en el Africa cristiana, aceptó en forma precipitada como ciertos los hechos y los argumentos presentados en la carta del patriarce de Constantinopla, y sin preocuparse por escuchar debidamente los argumentos de San Sofronio, tomó una resolución igualmente precipitada y escribió a Sergio una carta, cuyos puntos básicos son los siguientes: Por una parte, el Papa Honorio alaba y aprueba lo hecho por el patriarca hereje de Alejandria en su lucha contra San Sofronio, caudillo de la ortodoxia, dándole implícitamente con ello razón al hereje. Pero lo más grave radica en la siguiente parte de la carta en que dice el Papa que: los apóstoles confesaron ser Jesucristo, «mediador entre Dios y los Hombres, que opera lo Divino por medio de su humanidad, hipostáticamente unida al Verbo de Dios, y que obró lo humano. por la carne inefable y singularmente asumida e inefable, manteniéndose de modo inseparable, inconfusa e incontrovertible, integra la divinidad; o sea que permaneciendo maravillosamente las diferencias de ambas naturalezas, se admita que la carne pasible se encuentra unida a la divinidad», sacando de ello el Papa la siguiente conclusión, que constituye lo más grave de su carta: «Por ello es que TAMBIEN CONFESAMOS «UNA SOLA VOLUNTAD (7) EN JESUCRISTO NUESTRO SEÑOR, ya que fue asumida ciertamente por la divinidad nuestra naturaleza; pero no nuestra culpa, aquella naturaleza que fue creada con anterioridad al pecado y no la que quedó viciada después del mismo... Porque el Salvador no tuvo otra ley en los miembros o voluntad DIVERSA o contraria, ya que nació por encima de la condición humana» y «ES UN SOLO OPERADOR DE DIVINIDAD Y DE HUMANIDAD. Y si por las obras de su divinidad y su humanidad debieran mencionarse o entenderse derivadas UNA O DOS OPERACIONES, ES CUESTION QUE NO DEBE PREOCUPARNOS A NOSOTROS, debiendo ser dejada a los gramáticos que suelen enseñar a los niños, espléndidos términos derivados. Ya que nosotros no hemos encontrado en las Sagradas Escrituras que Nuestro Señor Jesucristo y su Santo Espíritu HAYAN OBRADO CON UNA SOLAMENTE, O CON DOS OPERACIONES, sino que conocemos que obró en forma múltiple». También en esta carta el Papa Honorio, aceptando y haciendo suya la estrategia del patriarca de Constantinopla, prohíbe hablar de una o dos energías o voluntades, tomándolas al igual que los herejes Sergio y Ciro, como novedades, de las que nada han resuelto ni los concilios ni los cánones de la Santa Iglesia.

El texto de la mencionada carta se encuentra en las Actas del Concilio Ecuménico Sexto, Cuarto de Constantinopla (8), que como lo veremos después, fulminó tremenda excomunión contra el Papa Honoroi I, por hereje, equiparando a los demás heresiarcas monotelitas, condenados y excomulgados en ese Santo Concilio, que salvó a la Iglesia de la referida herejía.

La carta aludida fue enviada por el Papa, tanto a San Sofronio como a Sergio, caudillos, respectivamente, de la ortodoxia y de la herejía.

*TRIUNFO MUNDIAL DE LA HEREJIA*

: El hereje patriarca de Constantinopla recibió la misiva como una victoria completa para su tesis, esgrimiendo a partir de ese momento, en favor de su causa, la autoridad del Papa y el deber que todos los fieles tenemos de obedecerlo, como cabeza suprema de la Iglesia, lo que desgraciadamente fue un golpe demoledor para la causa de la ortodoxia, pues aquellos clérigos y seglares, hasta esos momentos ortodoxos, al ver que el Sumo Pontífice apoyaba al patriarca Sergio y desautorizaba la labor de San Sofronio, consideraron un deber de conciencia obedecer al Papa y abandonar a Sofronio, pasándose en masa al bando de la herejías, que además contaba con el poderío político y militar del Emperador, cofactor de la tesis de conciliación de los cristianos, que se había tornado en la fórmula de la mayor discordia (9).

Pero Cristo Nuestro Señor, si bien permite que su Iglesia pase por agudas crisis, que han durado a veces décadas, o siglos, quizá para probar en ellas la entereza y fidelidad de los buenos cristianos, NO PERMITE NUNCA QUE LA SANTA IGLESIA LLEGUE A SER DEFINITIVAMENTE VENCIDA, y la salva, dando su asistencia sobrenatural a esos santos caudillos que hace surgir siempre en estas ocasiones. Al leer la carta del Papa, San Sofronio recibió, como es natural, un golpe tan inesperado como contundente, pero asistido de la divina inspiración y de gran fortaleza, lejos de doblegarse a las órdenes del Papa, y considerando que éste había sido engañado por Sergio, mandó al Sumo Pontífice al presbítero Esteban como enviado personal para que explicara a Honorio I con toda amplitud los términos y los alcances de la controversia y le entregara la carta Sinódica (10) con la defensa de la doctrina ortodoxa. El Papa recibió al enviado de San Sofronio, lo escuchó; pero desgraciadamente desechó sus puntos de vista, y le confirmó la orden de guardar silencio, mandando una segunda carta, de la que, por desgracia, solamente se conservan fragmentos, en los que puede leerse que: En Cristo: «No debemos nosotros definir ni una ni dos energías»... «Solamente debemos confesar dos naturalezas unidas en un solo Cristo»... «Debemos reconocer un operante único que es Cristo, en sus dos naturalezas, Y EN VEZ DE DOS ENERGIAS, QUE SEAN PROCLAMADAS MEJOR, CON NOSOTROS, LAS DOS NATURALEZAS» (11).

*SAN SOFRONIO ANTE EL DILEMA CAPITAL DE OBEDECER AL PAPA, PERMITIENDO EL TRIUNFO DE LA HEREJIA O DEFENDER LA ORTODOXIA, DESOBEDECIENDO AL PAPA*

Esta segunda carta, en que el Papa daba definitivamente el triunfo a los herejes y ordenaba, una vez más, a San Sofronio guardasilencio, provocó en éste, como es natural, los más terribles conflictos en su conciencia. Por una parte, si por defender la verdad revelada por Dios, la verdadera doctrina de la Iglesia, desobedecía al Papa, podía quebrantar la fe y la confianza en el Primado de Pedro, además, desobedeciendo al Papa podía poner en peligro el principio de autoridad en la Iglesia y sentaba un precedente, que podría conducir a la anarquía y al desastre. Pero, por otra parte, si por evitar tan grandes males obedecía al Papa, traicionando a Cristo y a la verdad revelada, esto conduciría al desastre total de la Santa Iglesia, ya que en esos momentos los únicos portavoces y defensores de la verdadera doctrina eran San Sofronio y los pocos que todavía lo seguían.

Ante tan terrible disyuntiva, San Sofronio optó por lo que él consideró el mal menor, o sea, desobedecer al Papa y enfrentarse a él para defender la ortodoxia en contra de la herejía y salvar así a la Santa Iglesia de la catástrofe que se cernía sobre ella.

La Iglesia católica, con posterioridad, dio su juicio definitivo sobre la solución que dio San Sofronio a la disyuntiva acabada de mencionar, ya que, por una parte, lo canonizó, mientras que, por otra, fulminó terrible anatema en contra del Papa Honorio I y en contra de los patriarcas y obispos que encabezaban la herejía. Además, al elevar a sus altares como santo a San Sofronio, la Iglesia católica santificó su rebeldía en contra de un Papa y un Episcopado mundial que habían faltado a sus deberes de sostener y defender la verdadera Fe; sentando así la Santa Iglesia un precedente que serviría de norma de conducta a los clérigos y a los laicos que llegaran en un futuro a encontrarse EN UNA SITUACION SEMEJANTE ANTE EL TERRIBLE DILEMA. O sea, en una situación excepcional y extraordinaria, como la que tuvo que enfrentar San Sofronio, ya que, en circunstancias normales, todos los católicos, sacerdotes y laicos, debemos obendiencia al Papa y a los obispos, sucesores, respectivamente, de Pedro y de los apóstoles en todo aquello que Cristo les dio potestad para atar y desatar. (*Continuará.*)

---

(7) Como lo saben los clérigos y los laicos eruditos en doctrina católica, la existencia en Cristo de dos voluntades, la divina y la humana, es dogma de la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana. Por haber afirmado el Papa Honorio lo contrario, confesando, como dice su carta citada, una sola voluntad en Jesucristo, fue excomulgado como hereje por el Santo Concilio Ecuménico VI de Constantinopla, como lo veremos después.

(8) El Concilio Ecuménico, como era costumbre en estos casos, examinó primero, antes de entrar en el fondo del asunto, si la carta de referencia era auténtica y si no contenía interpolaciones, habiendo resultado el Santo Concilio que el documento era fidedigno. Es, por ello, que hacemos alusión aquí a tan importante documento y no hicimos así, en el caso de las cuatro cartas dirigidas por el Papa Liberio a los obispos arrianos, que aunque parecen ser suscritas en realidad por él, se ha dicho por muchos que fueron interpoladas en parte por los herejes arrianos, asunto éste que ha sido objeto de gran controversia. Nosotros, siguiendo con todo escrúpulo nuestra horma de no presentar como pruebas en nuestras obras documento de autenticidad discutida, nos abstuvimos de aducir en su oportunidad, las cuatro cartas del Papa Liborio, y, en cambio, sí lo hacemos con las de Honorio, por haberlas considerado auténticas el citado Concilio Ecuménico.

(9) «Liber Pontificalis». T. I, págs. 323 y sigs. Abate Migne: «Patrologiae Cursus Completus (Latina). Omnium SS. Patrum doctorum scriptorumque eclesiasticorum...», etc. T. 80, págs. 469 y sgs. Mansi. Ob. cit. T. 11, pág. 537. Chapmann «The Condamnation of Pope Honorius». London, 1907.

(10) Del Concilio ya mencionado convocado por San Sofronio.

(11) Hefele-Leclerq. Obra citada. Tomo III, págs 376 y sigs. Mansi. Obra citada. Tomo IX, pág. 579.

---

# El Papa reconoce la legitimidad de la Misa de San Pío V

**Según publicó «Courrier de Rome», de París, el eminentísimo Cardenal Heenan, Arzobispo de Westminster, Primado de Inglaterra, dirigió una carta al presidente de la Latin Mass Society el 22 de noviembre de 1971, y en ella, refiriéndose a una audiencia en la que preguntó al Santo Padre sobre la legitimidad del Ordo de San Pío V, dice: «El Papa... no prohibirá en absoluto el uso ocasional del Misal Romano (según el decreto de 1965, modificado en 1967)». Es decir, S. S. Pablo VI admite que la aprobación del Novus Ordo Missae en 1969 no derogó a la legislación anterior, lo que, por su parte, ya sostuvieron ilustres teólogos.**

# EL MANIFIESTO DE BURGOS DE 1888

2

A

## DIOS ES LO PRIMERO

Sólo Dios basta; con Dios se tiene todo y cualquiera forma o constitución es buena; y sin Dios nada se tiene y todo es insuficiente y dañoso. Porque la patria no puede vivir sin Dios, por quien ella es; mas si la legitimidad se extinguiera o se perdiese por voluntad o incapacidad, y la realeza se acabase, y aunque la monarquía fuese imposible o inconveniente, en sus propias leyes y sin alterar la esencia de su lema hallarían los reinos españoles el remedio, y podrían vivir, como ya vivieron y prosperaron gloriosamente, sin reyes hereditarios y aun sin reyes. Qué completo era el lema y castiza y cristiana la bandera de Castilla cuando no tenía reyes. sino jueces y condes; y la de Aragón y la de Barcelona, cuando tenían condes y no reyes; y la de Vizcaya, con sus señores; y la de los Pirineos, la de Asturias y la de España entera cuando no tenían monarquía hereditaria, sino electiva. Y ciertamente que el lema truncado, corrompido, afrancesado y cesarista que en el siglo pasado y a principios de este siglo proclamaban Macanaz, Wall, Aranda, Godoy, Chamorro o Calomarde cuando «en nombre del rey iban despejando los caminos de la revolución» (y ése es el lema que hoy quieren restaurar nuestros adversarios), no era más completo, más cristiano ni más castizo que el que afirmó Recaredo contra idólatras y arrianos, o que Pelayo tremoló en Asturias, o el que implantaron Aznar, Galindo, Iñigo Arista y sus sucesores en Aragón; Wifredos y Berengueros en Barcelona; Laín Calvo, Nuño Rasura, Fernán González y sus hijos en Castilla.

Dios es lo primero y principal, y la unidad católica la primera ley fundamental de la sociedad española. Pero la unidad católica no sólo consiste en declarar que es religión del Estado y de los españoles la religión verdadera; ni se satisface con vanos alardes, pompas y ceremonias externas, ni se reduce a dar libertad a la Iglesia y prohibir cultos falsos e ideas anticatólicas, sino es el reinado social de Jesucristo; es Jesucristo imperando en las leyes y costumbres, en las instituciones públicas y particulares, en toda enseñanza, en toda propaganda hablada o escrita, en el rey como en los súbditos; es, en una palabra, el gobierno de Cristo-Rey, Señor y Dueño absoluto de todas las cosas (1).

La unidad católica es la primera ley fundamental de la sociedad española, y contra ella, o no informada por ella, no hay ley que obligue, ni derecho que prevalezca, ni autoridad legítima, ni enseñanza lícita, ni doctrina libre, ni obra permitida; porque ella es en nuestra constitución secular raíz, base, norma y guía de toda autoridad y de todo derecho, y código supremo de toda acción y de toda doctrina (2).

La ley esencial y verdaderamente fundamental de la sociedad española, que es la unidad católica, lo mismo obliga a súbditos que a reyes, a grandes y pequeños; y los derechos de Dios, que están sobre todo derecho, su voluntad y sus enseñanzas, han de ser garantidos con todos los medios de defensa y con la mayor sanción, según la gravedad del ataque, de que disponga la sociedad (3). Sin excepciones, libertades ni tolerancias diplomáticas; porque al legislador español «no le toca» «hacer leyes para extranjeros» (4), ni abrir la puerta a errores exóticos, ni ser cómplice de los herejes extraños, ni propios, sino defendernos de ellos y cumplir y guardar la ley fundamental de España.

Como el cuerpo al alma ha de estar unido y subordinado el Estado a la Iglesia, el luminar menor al mayor, la espada temporal a la espiritual, en los términos y condiciones que la Iglesia de Dios señala, como lo establecen nuestras leyes tradicionales (5). La enseñanza ha de sujetarse a la autoridad de la Iglesia y a su magisterio infalible y jurisdicción soberana han de someterse las doctrinas (6). Se han de reconocer todas las preeminencias, privilegios y fueros eclesiásticos establecidos por los Sagrados Cánones (7). Y (sin perjuicio de estar a lo que la Santa Sede, única autoridad en la materia, estime más conveniente en cada caso) la España tradicional no quiere regatear a la Iglesia de Dios sus derechos, ni pactar con ella como con potencia extraña lo que mutuamente se han de conceder, sino someterse humildemente a su jurisdicción y magisterio, reconocerle cuantos derechos y atribuciones nos enseña y sabemos por su doctrina que son suyos, y vivir con ella en las relaciones propias y naturales de subordinación y amor que Dios estableció, y nuestras leyes tradicionales reconocieron siempre, entre la hija sumisa y su divina Madre, entre la discípula fiel y su Maestra infalible: como vivió España hasta el siglo pasado, sin merma de ninguna autoridad ni daño de ningún derecho o interés, antes con provecho y para bien y gloria de la Iglesia y del Estado.

## DESPUES DE DIOS ESTA LA PATRIA

Mas la patria no es montón de gentes hacinadas sin unidad ni cohesión, como las arenas en el desierto, o por la casualidad o por mero capricho humano, ligadas únicamente por el interés pasajero de procurarse regalos y deleites, sujetas como inertes moléculas al querer del más fuerte o entregadas al continuo vaivén de mudables mayorías, de todos modos condenadas a vivir sin fundamento estable ni vínculo seguro, en perpetua evolución y revoluciones continuas, desquiciándose, transformándose y agitándose estérilmente, sin paz, sin reposo, sin fin, objeto ni término, a todo viento de doctrina.

Para nosotros es la patria conjunta y asociación de familias reducidas a cierto vínculo de concordia (8) para auxiliarse y cumplir la ley divina que quiere que los hombres vivan en sociedad (9); es congregación o ayuntamiento de todos los hombres comunalmente, de los mayores y de los menores, que todos son menester para ayudarse unos a otros y poder vivir y ser guardados y mantenidos (10); es organismo de familias, municipios, provincias, clases, instituciones, corporaciones con vida propia y fuerzas robustas, no sujetas al capricho de ningún hombre, sino ordenadas por sus leyes peculiares, las cuales son garantizadas por las leyes fundamentales que proceden del general consentimiento y se fundan en la ley natural y divina (11).

Patria española es para nosotros la tierra bendita que nos vio nacer y nos sustenta y mantiene bajo el cielo más hermoso del mundo, ganado palmo a palmo y siglo tras siglo por el esfuerzo de nuestros padres, fecundada con su trabajo y santificada con su sangre en una y otra generación. Es el ordenado conjunto de municipios, antiguos reinos y principados, con sus fueros, libertades y franquicias tradicionales, tanto más fuertes y vigorosos cuanto más dichosa, libre y desembarazada sea su vida propia; más útiles y mejor adheridos a la unidad nacional cuando en ella encuentran el aumento de fuerza e importancia que da la unión, sin perder los usos, las costumbres y las leyes que más convienen y mejor satisfacen a las necesidades, los hábitos y condiciones peculiares de cada pueblo o región. Es el conjunto asombroso de leyes y tradiciones, costumbres e instituciones que la fe católica, la razón de los sabios y la experiencia de los siglos, al amor y con las enseñanzas de la Iglesia establecieron en los Concilios de Toledo, y restauraron y prosperaron en nuestras antiguas cortes y juntas, y dilataron, triunfantes y envidiadas, desde Asturias y los Pirineos a Valencia y Andalucía, y más allá de los mares hasta los últimos extremos del mundo.

En la cristiana sociedad es el ser social incomparable, donde maravillosamente se confunden el ser español y ser católico, que nació de la sangre de innumerables mártires y perpetuaron cien generaciones de héroes y santos; reconquistando en siete siglos de luchar contra moros, herejes y judíos; confirmado en tres siglos de glorias y de triunfos, nunca hasta entonces vistos ni imaginados, contra protestantes, turcos y bárbaros idólatras; reivindicado este siglo en seis gloriosas guerras de religión dignas de los tiempos heroicos. Ser social sin semejante en el orden político, que todavía subsiste, por misericordia de Dios, en la España tradicional; sociedad verdaderamente cristiana que nuestros mayores fundaron y conservaron, al amparo de la Iglesia, para que sus hijos vivieran en verdad y justicia, y en la patria terrena encontrasen camino libre, seguro, fácil y amable de la patria celestial, y eterna. ¡Patria bendita y querida! Por defender tu integridad y pureza, bien podemos afrontar con alegría, como nuestros gloriosos antepasados, contra enemigos interiores y exteriores, no ya contradicciones e insultos, pero los mayores tormentos y la muerte; que sufrir y morir por ti es sufrir y morir por la mayor gloria de Dios, el bien temporal de los españoles y la salvación de las almas.

(Continuará.)

---

(1) «La unidad de nuestra fe católica» es «la más fundamental de nuestras leyes, la base solidísima de la monarquía española, como de toda verdadera civilización». «Las verdades ciertas e infalibles de la fe católica son el fundamento solidísimo de nuestra vida política, civil y doméstica.» «El Código divino es la base de todas nuestras leyes.» Carta a los españoles, de doña María Teresa.

F. J. Primero título, 1. 1.ª, 2.ª, 3.—F. R., lib. I, tít. I. 1.ª—Prólogo, y I. 1.ª, tít. 1. Partida II.—L. 13.ª, tít. I, libro I. Nov. Rec.—Toda nuestra legislación tradicional, y nuestra historia toda entera.

(2) Carta a los españoles, de doña María Teresa.

(3) F. J., tít. II, singularmente las leyes 1.ª a 4.ª, 9.ª, 17.ª y 18.ª, y tít. III, en especial las leyes 1.ª y 2.ª—F. R. I., 1.ª y 2.ª, tít. I, lib. IV, y I. 2.ª y 3.ª, tít. II, libro IV.—Partida VII, tít. XXIII, I. 3.ª, tít. XXIV, especialmente las leyes 6.ª y 7.ª, título XXV, singularmente las leyes 4.ª, 5.ª, 6.ª, 7.ª y 8.ª; y tít. XXVI.—Leyes 1.ª, 2.ª y 3.ª, tít. III, libro XII Nov. Rec.

(4) Carta a los españoles, de doña María Teresa.

(5) F. J., Primer título, I. 1.ª y 2.ª—Part. I, Prólogo, y I. 1.ª, tít. I, P. II.—F. R., tít. I.—L. 13, tít. I, Nov. Rec.

(6) Nuestro sistema antiguo.

(7) Leyes correspondientes en todos nuestros Códigos.

(8) San Agustín, Ep. CXXXVIII, y Confess., lib. III, capítulo VIII.—Santo Tomás, Summ. Theol., 2, 2, q. 42, art. 2.

(9) L. 7.ª, tít. I, Part. II.

(10) L. 1.ª, tít. X, Part. II.

(11) Todas nuestras leyes y todos nuestros Códigos, desde el Fuero Juzgo hasta la Novísima Recopilación.

# Deber de la gratitud

## Por JOSE MARIA PEREZ, Pbro.

Caminaba un mendigo por las estrechas calles del pueblo, arrastrando la mugre de sus harapos repugnantes; caminaba la cabeza baja, como un vencido, los pies cansados y doloridos por los guijarros puntiagudos que le herían. Llegó ante una puerta y llamó. Salió un hombre rico.

—Una limosna—le pidió—, por el amor de Dios—y ni se atrevía a levantar la voz ni los ojos.

El hombre rico le despidió fríamente; mas el mendigo repitió con dulzura:

—Una limosna, por el amor de Dios.

El corazón del hombre rico se iba inclinando a la misericordia, y el mendigo insistía en la petición, mostrando sus llagas. Por fin, el hombre rico se conmovió y le socorrió sonriendo. El mendigo le besó la mano con gratitud y fuese luego...

¡Gersón decía que cuarenta años llevaba ya haciendo él así su oración al cielo! ¡Ah, es la constancia de la oración del alma agradecida! «Por eso incesantemente damos gracias a Dios» (I Tesalonicenses 2, 13). Poco más o menos lo que hacía San Félix de Cantalicio († 1587). Era un humilde fraile capuchino de la ciudad de Roma, que por espacio de más de cuarenta años fue destinado por los superiores de su convento a la tarea ingrata de recoger limosna.

Ya fácilmente se comprende que, como suceder suele a los que andan mendigando, serían no pocas las palabras broncas y soeces que debería oír el santo. Y, sin embargo, en todos los sucesos de su andariega vida, fuesen ellos adversos o afortunados, con gentes compasivas o de corazón duro: siempre, siempre acudían a sus benditos labios las mismas palabras **DEO GRATIAS**! Y las repetía con tal profusión y fervor del alma, que ya era de muchos llamado el hermano Deogracias.

Dios nuestro Señor se ha servido en quien tan bien sabía honrarle agradecido, obrar un gran milagro: el cuerpo de San Félix de Cantalicio se ha mantenido incorrupto por espacio de varios siglos. Así puede verse en el convento de los frailes capuchinos de Roma, llamado de la «Inmacolata». Ha querido dar una prueba de la complacencia que le procura ver, en labios de los hombres, una palabra de agradecimiento aun en los momentos de adversidad y tribulación del alma.

El propio Jesucristo llevó muy a mal que, nueve de los diez leprosos por El curados, no le fueran a dar gracias. «Tomando Jesús la palabra, dijo: ¿No han sido diez los curados? Y los nueve, ¿dónde están? ¿No ha habido quien volviera a dar gloria a Dios, sino este extranjero?» (Lucas 17, 17-18). También Dios se queja a menudo por boca de sus profetas de la ingratitud del hombre; y por boca de Isaías dice: «Conoce el buey a su dueño, y el asno el pesebre de su amo; pero Israel no entiende, mi pueblo no tiene conocimiento» (Isaías 1, 3).

San Pablo exhortaba con insistencia a los cristianos a la gratitud y agradecimiento. «Sed agradecidos» (Colosenses 3, 15). «Dando siempre gracias por todas las cosas a Dios Padre, en nombre de nuestro Señor Jesucristo» (Efesios 5, 20). Y el glorioso San Ambrosio escribe bellamente: Hizo Dios el cuerpo del hombre de tierra, y no de aire, de oro, de plata o de mármol; a fin de que el hombre aprendiera de la tierra, la gratitud con que ella multiplica las semillas que recibe, pagando así los sudores del labrador activo.

● Estrenábase en el salón de actos de la Universidad de Viena, el año de gracia de 1808, la obra de Haydn titulada «La Creación». La dirigía el mismo autor en persona. Y al llegar al pasaje «Hágase la luz», fue aquello tan grandioso y espléndido que, sin poder contenerse la electrizada concurrencia, prorrumpió en un delirante y frenético aplauso al artista.

Y el inmortal maestro de la música Haydn, señalando con el índice de la diestra mano hacia el cielo, sólo dijo: «De allá nos viene todo». ¡Excelente sentimiento de gratitud y reconocimiento, muy digno del cristiano que era Haydn! ¡Ojalá todos pensáramos y obráramos siempre de igual manera, aun en las incidencias pequeñas de la vida!

Un niñito fue obligado por su madre a terminar su budín de arroz. «Y ahora, da gracias.» «¡Cómo! ¿Por esta horrible pasta de arroz?» «Tienes que dar gracias a Dios, y no irás a jugar hasta que no lo hayas hecho». Un momento de silencio. Y luego dice el niño: «Muy bien; yo doy gracias a Dios, porque no me he puesto enfermo, después de haber tomado esta porquería...» ¡Toda nube tiene alguna hebra de plata, si se busca!

Cuando damos gracias a Dios por sus mercedes, no hacemos más, como escribe San Juan Crisóstomo, sino pagar nuestra deuda; pero cuando se la damos por nuestras cuitas y trabajos, le convertimos a su vez en acreedor nuestro. Jesucristo nuestro Señor dice: «Mejor es dar que recibir» (Hechos 20, 35). Y la razón o explicación es: El que da ya no tiene más que hacer, sino esperar su galardón de Dios; mientras que el que recibe no adquiere mérito, sino queda obligado al deber de la gratitud o reconocimiento.

Virtud de reyes, ha llamado alguien a la gratitud. Siendo alumno de la escuela militar de Brienne, solía Napoleón comprar fruta a una vendedora bonachona del lugar. Y ésta a las veces incluso le prestaba dinero, sabiendo que aquel joven era un puntual pagador. Sin embargo, al irse de aquella ciudad se descuidó Napoleón de pagarle la última deuda. Cuando era ya emperador, pasó un día por Brienne, y se acordó de la antigua deuda a su bienhechora.

Fue a ver a la anciana vendedora de frutas; le devolvió con creces la deuda, y, además, le hizo construir una hermosa casita, donde pudo pasar la buena acreedora los restantes días de su vida. **Et grati estote**: «Sed agradecidos» (Colosenses 3, 15).

● Sí, todo el que ha recibido algún favor o beneficio, queda moralmente obligado a agradecerlo: a agradecerlo, en primer lugar, a Dios y luego al propio bienhechor. En efecto; es voluntad expresa de Dios que seamos sus hijos agradecidos por todos los beneficios y favoreces recibidos. El santo Tobías es el acabado modelo de la gratitud: luego de haber conseguido la curación de los ojos, dio primeramente las gracias al Señor, y mostróse después altamente agradecido al acompañante de su hijo, que era el mismo arcángel Rafael.

Y ser agradecido es reconocer el beneficio, alabar al bienhechor y procurar recompensarle en algún modo o manera. Sí, Dios quiere y exige que seamos agradecidos por los beneficios y favores recibidos. El apóstol San Pablo enseña: «Dad en todo gracias a Dios, porque tal es su voluntad en Cristo Jesús» (I Tesalonicenses 5, 18).

Y en primer lugar, repito, se debe nuestro agradecimiento a Dios nuestro Señor, puesto que toda dádiva buena proviene de El. «Todo buen don y toda dádiva perfecta viene de arriba, desciende del Padre de las luces, en el cual no se da mudanza ni sombra de alteración» (Santiago 1, 17). Los hombres que nos prestan algún servicio no son, en realidad, de verdad, sino ministros o instrumentos de Dios, y, por lo tanto, solamente en segundo término les pertenece a ellas la correspondencia de nuestra gratitud.

Luego que Jesús, nuestro divino Maestro, recibía algún beneficio de su Padre celestial, levantaba los ojos al cielo y decía: «Padre, te doy gracias porque me has escuchado» (Juan 11, 41). Y nunca se levantaba de la mesa sin dar gracias a su Padre celestial, como vemos en la última cena y en la mesa de Emaús. Lo propio hacían los santos.

El profeta David exclama: «¿Qué podré yo dar a Yavé por todos los beneficios que me ha hecho? Levantaré el cáliz de la salvación e invocaré el nombre de Yavé» (Salmo 115, 12-13). Cuando Noé salió del arca, después de pasado el diluvio universal, lo primero que hizo fue erigir un altar y ofrecer a Dios un sacrificio de gratitud y reconocimiento: «Alzó Noé un altar a Yavé, y tomando de todos los animales puros y de todas las aves puras, ofreció sobre el altar un holocausto» (Génesis 8, 20).

El descubridor del Nuevo Modelo, Cristóbal Colón, cuando en su viaje de exploración llegó a ver la tierra, alabó agradecido al Señor; y en acción de gracias llamó a la isla del Guananí, San Salvador, y plantó en ella la insignia de la Santa Cruz (1492). Al recibir Francisco I, emperador de Austria, la nueva de la derrota de las tropas de Napoleón junto a Leipzig, se hallaba con los demás general aliados en una colina junto a esta ciudad, y sin ningún respeto humano, se arrodilló delante de su pueblo y dio gracias a Dios (1813).

Acostúmbrate, lector pío, cuando recibas algún beneficio, a decir las palbras DEO GRATIS! ¡Gracias a Dios! ¡Hermosa la virtud de la gratitud! En la antigua iconografía se representaba a la gratitud por la figura de una mujer que tiene en la mano un pomito de flores de haba: legumbre ésta que, según el naturalista Plinio, adoba la tierra que la produce, y cerca de sí tiene la mujer una cigüeña, símbolo de la piedad filial, y un elefante, animal que jamás se olvida de los favores recibidos.

Pero esta sobrenatural hermosura de la gratitud cristiana la han de hacer ver y enseñar los padres a sus hijos, desde los días más remotos de su infancia, a fin de que la aprendan antes que el connatural egoísmo se apodere de sus almas y las haga ingratas.

Juanito oye que su padre lee a mamá la cuenta del pintor, que acaba de decorar el piso. Y al oír los asientos de la cuenta, piensa para sí el niño: «Yo también le podría presentar una factura a mamá.» Y a toda prisa escribe: «Por traer unos panecillos, cinco céntimos; por llevar los zapatos a arreglar, diez..., hasta que su céntimos; por llevar los zapatos a arreglar, diez...», hasta que su cuenta sube a la suma de una peseta.

La madre mira aquella factura y se calla; por la noche Juanito encuentra en su cuarto una peseta. Quietecito y gozoso, se la pone en el bolsillo. Pero a la mañana siguiente encuentra encima de su mesa otra hoja de papel: una factura de mamá a Juanito. Por diez años de alojamiento, 0 pesetas; por diez años de manutención, 0 pesetas; por remendar vestidos, lavar y planchar la ropa 0 pesetas...

Juanito la lee, y guarda profundo silencio. Después, sin decir pío, coloca la peseta en el bolsillo del delantal de su buena madre.

Y acabo por hoy. Esto, que nos cuenta Lamartine, el poeta y político francés, le sucedió a él mismo. Iba un día paseando el poeta, cuando oyó a un sudoroso picapedrero exclamar a cada golpe de martillo: «¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias» «Buen hombre, a ¿quién das gracias?» «A Dios», le respondió el otro.

«Si hubieras sido rico, me parecía natural que dieras gracias a Dios; pero sabe que Dios pensó en ti una sola vez, al tiempo de criarte; luego te dio un martillo y no ha vuelto a pensar en ti: «¿Así que me dice usted que Dios pensó en mí por lo menos una vez?» ¡Hombre!, claro está, respondióle el poeta.

Y el picapedrero, que si no era más poeta era más cristiano que Lamartine, dijo así, llorando: «¿Y le parece a usted poco? ¡Todo un Dios pensar en un picapedrero! ¡Gracias, Dios mío, gracias! Y siguió picando piedra...

ALERTA AL NOVISIMO BREVIARIO

# La palabra de Dios, mutilada

Por FEDERICO MOSCARDO

Por si era poco el falseamiento de la palabra de Dios en las traducciones, ahora viene la mutilación. En el novísimo Breviario no sólo faltan seis salmos, cosa insólita desde los apóstoles, pues desde entonces hasta hoy han sido cantados o recitados en la Iglesia los cientos cincuenta salmos íntegros. Pero es que de los restantes, veintiuno han sido mutilados, suprimiendo aquellos versículos que no encajan en la ideología progresista. Como motivo se aduce que se ha hecho así para que en lengua vulgar (y líbrenos el Señor de más traducciones progresistas) puedan rezarlo los fieles sin escandalizarse. A esto podríamos contestar con San Pedro (introito de la Dominica in Albis) que aquellos que no sean capaces de alimento sólido, manténganse con leche, es decir, rosario, vía crucis, visitas al Santísimo. Con este alimento el pueblo español ha mantenido una fe y religiosidad mucho mayor que la de los países protestantes, los cuales hace ya más de tres siglos abandonaron estos devociones sencillas por los salmos que no entienden.

¿Y a qué obedecen otras mutilaciones? Aquellas palabras de San Pablo: «El que come y bebe indignamente el Cuerpo y Sangre del Señor, come y bebe su propia condenación», han sido suprimidas no sólo en el novísimo Breviario, sino también en los novísimos Misal y leccionarios. Y el Misal ya no ha sido publicado bilingüe, sino solo en castellano, con lo que se impiden dos cosas, que el celebrante pueda decir la misa en latín en conformidad con lo que autoriza el Concilio, y que pueda comprobar la exactitud de la traducción, ya que todas las oraciones han sido cambiadas. Por vía de ejemplo, la del Sagrado Corazón de Jesús ya no expresa la idea de reparación que pidió el mismo Jesús a Santa Margarita.

Este modo de hacer la reforma gradualmente ha llegado a insensibilizar a gran parte del clero. Cuando eliminaron del Breviario el Ave María y el Credo, algunos cándidamente se alegraron porque se aligeraba el rezo. Lo mismo sucedió cuando la supresión de las octavas, entre ellas desaparecieron los testimonios de los Santos Padres, testigos de la tradición apostólica acerca de la fe en la presencia corporal de Cristo en la Eucaristía, que iban leyendo los sacerdotes durante ocho días. Los efectos no se han hecho esperar, a la vista está la notable disminución en las muestras de respeto a Su Divina Majestad.

Todo esto, que parecía accidental, ha llegado a perjudicar lo sustancial. En una reunión de sacerdotes se dio la siguiente consigna: ceder en lo accidental para defender lo sustancial, y como ejemplo de accidental se puso el velo a la cabeza en las mujeres y la sotana en el sacerdote. Tres años después se celebró otra reunión similar y se dio la misma consigna, pero como ejemplo de accidental se puso la comunión de pie o de rodillas. A este paso ya estoy viendo que en la próxima reunión se dará como accidental si se ha de dar la comunión en la boca o en la mano. Y con esto se cumple lo que escribio hace años Plinio Correa, a saber, que la revolución avanza diez pasos, y cuando protesta la reacción retrocede cinco, entonces los que habían protestado se dicen: no seamos intransigentes porque lo perderemos todo, y se dan por satisfechos. Pero cuando están más descuidados, la revolución avanza otros diez pasos, cunde la alarma y retrocede cinco, con lo que logra calmar a los que se habían alarmado. Y así sucesivamente la revolución va consiguiendo sus objetivos merced a los que no quieren aparecer como intransigentes. El haber cedido dejando entrar en el templo a las mujeres sin velo ha traído que ahora entren enseñando lo que ni en la calle deberían enseñar, y el haber cedido permitiendo a los sacerdotes vestir como los pastores protestantes, ha tenido la consecuencia de que ahora algunos vistan completamente de seglar, y a veces peor que los seglares correctos.

---

# ROMA DIXIT

Por GONZALO MOTA

Durante el mismo día —29 de junio— que gozamos de oportunidad de leer en las páginas del diario «Ya» un artículo suscrito por un insigne prelado titulado: «*El optimismo de Pablo VI*», *donde se afirmaba que*: «*No es extraño, por ello, que llame poderosamente la atención... que Pablo VI, desde hace unos meses, manifieste en su palabra y en su misma presencia, con un espíritu alegre, esperanzador, optimista, como "Maestro de esperanza y confortador de los hijos de Dios"... Personalmente había podido yo constatar ese hecho. En las dos últimas entrevistas que he tenido con Pablo VI —noviembre de* 1971 *y febrero de* 1972— *me había ya admirado su aspecto físico..., y sobre todo su esperanza firme y su clarísimo optimismo hablando de la marcha de la Iglesia y del futuro de la misma*», el Romano Pontífice pronunciaba una alocución verdaderamente trascendental, que ha resonado en el mundo católico como un lamento pleno de una mayúscula dosis de angustia y de tristeza. Sin disputa puede considerarse el discurso más amargo y pesimista del Papa reinante, quien, según autorizados corresponsales atentos a las actitudes y palabras de Paulo VI, corona así el tono de creciente angustia observada en él durante los meses postreros.

Desmintiendo a los que tildaban de «*agoreros de calamidades*», a «*quienes juzgan como tragedias las tensiones inevitables en momentos de renovación*» o hablaban de «*tranquilizar al escandalizado y sencillo pueblo cristiano*», el Papa ha formulado la terrible denuncia de que «*quizá el humo de Satanás ha entrado en el templo de Dios a través de una grieta*», y de que, cuando se creía que, después del Concilio, habría venido un día de sol para la Historia de la Iglesia, ha venido un día de nubes, de tempestad, de oscuridad, de busca, de incertidumbre, debido a la intervención de un poder adverso, preternatural, cuyo nombre es el *demonio*. Todo ello tras hacer pasar su mirada a través de la desoladora situación ofrecida por las múltiples parcelas de la realidad sometidas a análisis: la ciencia, la secularización, el sacerdocio, el ecumenismo, las corrientes sociológicas...

Al pueblo de Dios y a los prelados, luego de la impresionante oración del Vicario de Cristo, no les cabe ya seguir con un optimismo irreflexivo, cuando, desde la sólida cátedra de Pedro, amada por todos, se expone y declara el dolor que la invade ante la situación actual de la Iglesia. No resulta ahora el momento más propicio para el fácil y triunfalista «*ya lo decía yo*», pues albergo la completa seguridad de que la mayor parte de quienes se anticiparan al último diagnóstico pontificio preferirían haber errado, y no les proporciona ninguna alegría contemplar la verificación de su acierto. El discurso papal invita a la meditación, al examen de conciencia, a fin de renovar el contacto amoroso con la perenne y auténtica doctrina católica, enriquecida, dentro de una perfecta evolución homogénea, con las tesis conciliares. Indica que ha llegado la hora de percatarse de la amarga y cruda realidad eclesial posconciliar analizada por Paulo VI y de poner manos a la obra para barrer las miasmas infernales y tapar la grieta por donde las mismas penetran, siguiendo las reiteradas sugerencias pontificias.

No contribuye a tal fin precisamente la actitud de calificados órganos de prensa y de ciertos periodistas, restando importancia a tan trascendente alocución del jefe de la Iglesia Católica, alocución a la cual o bien dedican un espacio inferior al ocupado por gran número de cartas pastorales diocesanas, como sucede con el diario «Ya», o bien ni siquiera se toman la molestia de comentarla, como ocurre con Martín Descalzo, para quien no merecía una crónica en «ABC», diario que hubo de suplir la omisión con un magnífico resumen de Efe, mientras el encargado de la sección religiosa del periódico se permitía criticar en Zamora a las agencias Efe y Europa Press y a «L'Osservatore Romano», contra el que osó —al menos así lo informa «El Correo de Zamora»— verter la acusación de servir cada día *heréticamente* un concepto de la Iglesia, en el cual lo único existente es el Papa.

Sin embargo, quienes no se propongan utilizar o descartar las palabras pontificias según coincidan o discrepen con sus particulares ideas, sino que asuman una posición de lealtad a Roma y adapten su pensamiento al del Vicario de Cristo, han de tomar conciencia del estado de la Iglesia actual e iniciar la labor exigida para remediarlo.

# A LA CAZA DE VERDADES

Por M. SEMPRUN GURREA

*A. M. D. G.*—Más íntimamente aún podríamos conocer a Ignacio de Loyola si hubiese llegado íntegro hasta nosotros su Diario Espiritual, pero el santo no lo escribió para el público y sólo al padre Gonçalves da Cámara le leyó algunos párrafos. Afortunadamente no destruyó todo lo demás y se conservan páginas que son tesoros y reliquias, tanto más cuanto que fueron escritas de su puño y letra. La gran enseñanza, para quien quiera imitarle, es ver cómo un hombre de actividad inaudita tenía tantísimo tiempo para la contemplación y la oración, a la que da primordial importancia. La santa misa era para él centro de la vida espiritual, y parece ser que mientras la celebraba el Señor le concedía sus mayores gracias. Pensando en ello y recordando la misa que hemos oído ayer u otro día y que oiremos mañana o más tarde, esas misas dichas «a gusto del consumidor», con la casulla sobre el pantalón o sin casulla, cambiando, retorciendo, concelebradas con los seglares o las minifalderas y diciéndonos descaradamente al final que podemos «ir en paz», después de semejante farsa, es natural que pongamos en duda su validez por mucho que pretenda garantizarla un moderno jesuita metido en liturgia.

Las palabras «reverencia», «acatamiento» y similares brotan con tanta frecuencia de la pluma de Ignacio que nos damos cuenta de la importancia que daba el santo a los signos externos, comprendiendo que son expresiones muy claras de lo que sucede en nuestro interior: la genuflexión, la inclinación de cabeza, el porte y el atuendo dignos, el silencio en lugar sagrado y otras manifestaciones demuestran un respeto y una fe en la presencia real, así como la indecencia en el vestir, los ruidos y las charlas, la desenvoltura en el comportamiento, la comunión de pie, etc., son muestras de incredulidad y de jactancia estúpida. Los que se portan con Dios de esta manera son aquellos que ante cualquier príncipe o dignatario civil doblarían hasta el cuello el espinazo. (No hay más que ver, para confirmarlo, una celebración tardía dominical y unas cuantas fotografías de acontecimientos «sociales».)

Ignacio, nuestro héroe, trataba con grandes y con pequeños, con ricos y pobres, con reyes y vasallos. Sus cartas a Carlos V y a Felipe II, siendo todavía príncipe, son modelos de serenidad a la que no perturba el trato con la realeza de la que quiere sacar, a mayor gloria de Dios, todo provecho. No lanzaba discursos subversivos ni buscaba para alocuciones político-sociales modelos en revolucionarios de la época; que los había y muy grandes, nos consta a todos los que conocemos la historia de aquellos años, pero Ignacio daba al César lo que era del César, más aún teniendo en consideración que se trataba de un Estado católico y de *un reino recientemente unido en unidad religiosa*... (Ignacio nace en 1491, Granada se conquista en 1492. Carlos V vive del 1500 al 1558; Loyola muere en 1556.) Su empeño por conservar esta unidad queda patente en la carta que, por orden suya, escribe el padre Polanco al padre Nadal para que este último presente a Carlos V el plan que tiene el santo para acabar con la amenaza turca en el Mediterráneo (Roma, 6 agosto 1552). Sus formidables cualidades de organizador y hasta su espíritu militar se dejan ver en cada detalle que propone al Emperador: «Primeramente se podría dar orden que muchas religiones (órdenes religiosas) ricas que hay en los señoríos de S. M., a las cuales bastaría mucho menos de lo que tienen, armasen un buen número de galeras. La segunda ayuda sería de los obispados y sus capítulos; la tercera, de las órdenes militares como la de San Juan y otras; la cuarta, de algunos grandes y caballeros seglares, que lo que se gasta en cazas y platos, más justo es que se gaste en armar galeras contra infieles...» Y así continúa... Luego señala cuáles son los aliados poderosos a quienes interesa la compaña y pasa a detallar estrategias. Polanco dice que no sólo mueve a Ignacio el celo de las almas y la caridad, pero «aún la lumbre de la razón que muestra ser esta cosa muy necesaria». Con acostumbrada valentía previene a las autoridades de lo que les ocurrirá ante el juicio de Dios: «El día del juicio verán los príncipes si debían menospreciar tantas ánimas y cuerpos que valen más que todas sus rentas y dignidades y señoríos, pues por cada una dellas dió Cristo N. S. el precio de su sangre y su vida.»

¿Qué tal se compaginan con estas ideas las de permitir que el error y el engaño envenenen a las almas como hacen ahora ante la indiferencia incluso de los príncipes de los sacerdotes?... Y ¿cómo es posible que un prepósito sucesor de Ignacio no impida a un profesor de la Gregoriana dar conferencias en las que se proclama como ley absoluta lo que amorosa o quizá libidinosamente se siente? Y ¿qué es eso de cruzarse de brazos ante los ataques del mismo conferenciante contra la «Humanae Vitae»? ¡Tantas y tantas denuncias habría que hacer!; pero ¿para qué se estrellan contra el optimismo... bendito del superior general?... Un antiguo dicho español asegura que «la porquería engorda»; tal vez las autoridades sean de esa opinión y esperen que se críen rollizos los de las nuevas generaciones...

Para Ignacio, servir en el ejército era un honor y un deber, máxime tratándose de hacer la guerra contra los infieles. (Se ve que habiendo nacido y muerto antes de la Asamblea Conjunta, no puede instruirse respecto a lo vergonzoso que es luchar contra criminales ateos...) Para el virrey de Sicilia, Juan de Vega, que al frente de los soldados españoles peleaba en Túnez, pide a Julio III las bendiciones del jubileo (9 julio 1550) «que por la gloria de Dios y exaltación de la fe están ocupados en hacer guerra». (La revista «Iglesia-Mundo» afirma, en grandes titulares que «el Papa (Pablo VI) enaltece el servicio militar» (núms. 28-29, junio 1972).) En cuanto a la justicia social, hubiera estado de acuerdo con el cardenal Höffner, el triunfador inolvidable del Sínodo, para quien «no parece poderse afirmar que la liberación y el progreso de los pueblos es parte integrante de la obra redentora de Cristo». Tampoco hubiera discrepado Ignacio de los obispos de Paraná (Argentina), Zagabria (Yugoslavia), Rionegro (Colombia), y menos aún de aquellos que recordaron a los «socialistas justicieros» la situación en que se hallaba «la Iglesia del silencio»...

No era muy crédulo el santo en cuestiones carismáticas, ¡eso que él recibía, con inusitada frecuencia más y más carismas! En su larga carta al duque de Gandía (julio 1549) la indica minuciosamente cómo discernir lo verdadero de lo falso; da gran importancia a la humildad, la modestia y el secreto en el verdadero carismático, y para conocerla señala una regla infalible: que busque únicamente la gloria de Dios y bien de las almas y nunca su propia exhibición ni la vanidad de hacer adeptos y admiradores. Se ve que la formación de grupos, mejor llamados «pandillas», con sus ágapes, sus desviaciones doctrinales, su estúpido orgullo de iluminados, su jactancia de haber inventado algo nuevo y su pretendida originalidad —como se «lucen» en parroquias madrileñas— era ya viejo y vulgar en tiempos de Loyola. ¡Y todavía no han caído en la cuenta ciertos jesuitas de suburbios! ¡Y tampoco están enterados esos párrocos que leyendo sólo «Vida Nueva» nada saben de teología moral ni historia de santos.

San Ignacio es una de las más grandes y eficaces figuras de la Contrarreforma, lo cual es tan evidente que huelga detenerse en ello. De haber vivido en nuestra época no hubiera sido ajeno a la obra del Ecumenismo, pero... enfocada de un modo muy distinto a como se está haciendo posconciliarmente. Para él, toda condescendencia con el error era una deslealtad para con Dios y buscar el bien de las almas significaba llevarlas, por cuantos medios pudiera, hacia la Iglesia y, por lo tanto, a su salvación. Recientemente se ha enfrentado con la doctrina de Ignacio el prior de Taizé, mimado por Roma. Escribe, en carta de junio de 1972, una serie de consejos subversivos para la juventud con vistas a preparar un concilio de jóvenes; se lamenta de que *no* se puedan hacer revoluciones parecidas a la cubana —ya conocen nuestros lectores ese modelo de humanismo: prisioneros entregados a homosexuales y a médicos sin conciencia para que los utilicen como cobayos, y otras cosillas...— El amor fraterno de Roger Schutz exige también el total olvido de los martirizados tras el telón de acero. ¡Muy consecuente con el progresismo! La comunidad que preside rechaza totalmente la misa de San Pío V, pero admite sin inconvenientes la del señor Bugnini... Decía Ignacio: «Téngase especial advertencia sobre las herejías, y estén armados contra los tales, teniendo en la memoria las materias controvertidas con los herejes, y procurando estar atentos en esto a descubrir las llagas y curarlas; y, si tanto no se puede, a impugnar su mala doctrina.» (Instrucciones al padre Juan Pelletier. Roma, 13 junio 1551).

Decididamente, San Ignacio no era demócrata ni fundó un parlamento democristiano. Al principio fueron los suyos un grupo de compañeros atraídos por los mismos ideales, y era normal que para establecerse y organizarse se reunieran y decidieran las cuestiones en común. Mas una vez elegido el santo prepósito general, estas reuniones, que en otras órdenes llaman «deliberación comunitaria», dejó de existir. En realidad nunca pudo llamarse así, en la Compañía, a estos primeros encuentros. Ignacio creía en la autoridad «vertical», sin que por ello excluyera las consultas ni rechazara consejos: «El Superior, según mayores o menores dubitaciones en las cosas que a su cargo consisten, debe haber mayor o menor recurso a los que le son hermanos y hijos in Domino», así reza un precioso documento que se remonta a 1546 ó 1547. No olvidando jamás lo más importante, añade: «Debe conferir y tratar los tales dubios, según las ocurrencias sucedieren: haciendo hacer oración en la casa y celebrando todos los sacerdotes... con toda simplicidad, puridad y caridad.» Recomienda igualmente prudencia y sigilo, todo ello «a mayor gloria de la su Divina Bondad».

Por desgracia, no parece haberse observado tal sigilo en nuestros días, ya que cierta petición enviada a Su Santidad y que no estaba destinada a la publicidad ha sido hecha pública, con la agravante de incorrecciones muy serias. Esto nos recuerda una anécdota trágica acaecida en tiempos de Pío IX. Eugenia de Montijo, esposa de Napoleón III, comunicó al Papa noticias tan malas que podían acarrear daños terribles a la Iglesia y a Francia; la emperatriz suplicaba al Pontífice que destruyese la misiva. El Santo Padre juzgó de utilidad conservarla y bondadosamente confió en que las cerraduras de su escritorio serían respetadas por la camarilla. Cuando comprobó la desaparición de la carta, era ya tarde. El enemigo alertado consiguió impedir las medidas que pudieron haber sido tomadas para evitar el mal y las catástrofes se sucedieron una tras otra.

Entre doce hay un Judas, y por progresión matemática, entre muchos «doces» hay bastantes más «Judas». Sin embargo, Pablo VI sabe lo que aflige hoy a la Compañía, lo que la debilita, la relaja y trata de derribarla; lo sabe asimismo el prepósito general y debía comprender que no está la solución en aconsejar a éste o a aquél de sus hijos y hermanos «in Domino», que si no está contento en una casa que se marche a otra, o en preguntar a religiosos y hasta a seglares que si creemos que no se ha hecho nada en la Orden, a lo cual hemos de contestar precisando que, desde que la fundó Ignacio hasta los años sesenta del siglo XX es probable que no haya habido otra tan fecunda en dar gloria a Dios y en salvar almas; pero que..., desde hace poco tiempo a esta parte, es también de las primeras en quitar gloria a Dios y dar escándalo.

Hay que enfrentarse con la realidad: la crisis de fe, la creciente insumisión al Magisterio Supremo, las desviaciones doctrinales, la inmoralidad o amoralidad, la exaltación de figuras revolucionarias, la infiltración del «IDOC» y del marxismo, el daño hecho en colegios de monjas dirigidos por jesuitas, las huelgas en seminarios y universidades, los escándalos del mal ejemplo, la falsa teología, la marcadísima inclinación al protestantismo (¡aberrante decadendencia para hijos de Loyola!) y etc., ¿no induce a pensar que es hora de separar, poniendo a un lado «a los benditos del Padre» y arrojando a los «malditos»? Quizá a estos últimos el castigo a tiempo les libre del fuego eterno.

*¡A. M. D. G. y honor y honra de su santo siervo, Iñigo de Loyola!*

# Con la Iglesia o contra la Iglesia

*Por Manuel* DE VALDIVIELSO

Este es el problema del católico de hoy. Los vientos de la historia, si son devastadores, también dejan impresas en sus páginas la huella tranquila de la mano de Dios. Así está ocurriendo desde febrero y marzo, en que oímos, en momentos de gran confusión y escándalo, la voz autorizada de Roma y últimamente la de un obispo de España, en «El octavo día» de TVE. La confusión había subido de punto con la célebre Asamblea Conjunta de septiembre, a la que puso punto final la réplica de la Sagrada Congregación del Clero. Y si estos hechos no tuviesen antecedentes; si se hubieran producido por sorpresa, pudiera haber católicos que, ante la duda producida por las excusas de los asambleístas, ampliamente difundidas en la prensa, temiesen emitir su juicio desfavorable sobre muchas de las conclusiones de dicha asamblea celebrada en Madrid. Pero no es éste el caso, por lo menos para los no amnésicos. Quien tenga memoria recordará lo acaecido de diez años a esta parte; cuando comienza la época conciliar y la iglesia local holandesa se apropia la información oficiosa del Concilio con arreglo a «su nueva teología» «reformista»; cuando funda la agrupación CIDOC; cuando se hace la siembra de la cizaña entre el buen trigo y se internacionaliza el IDO-C. A continuación se suceden en España los hechos siguientes: «Operación Moisés», manifestación de clérigos en Barcelona con violento final, encerronas de manifestantes en catedrales, iglesias y conventos; huelga de sacerdotes en Asturias, el célebre proceso de Burgos, la propaganda de los «contestatarios» contra la «Humanae vitae» y «Sacerdotalis caelibatus»; la aparición del «Nuevo Catecismo», de origen holandés; la publicación de «El Credo del Pueblo de Dios», de Pablo VI en réplica a los errores y omisiones del mencionado catecismo holandés; el herético manifiesto de los 33, de cuyos firmantes tres son españoles, etc.

Como fruto sazonado de tanta cizaña, podemos citar entre otros muchos los siguientes: La caída vertical de la moral y buenas costumbres, la relajación de muchas comunidades religiosas, noviciados cerrados y en venta, anarquía en la vestimenta clerical, la incontenida promoción pornográfica, la nueva pastoral que para ciertos eclesiásticos se traduce sistemáticamente en declaración de hostilidades contra el César y a veces contra el propio arzobispo, y por no extenderme más, los ataques que desde el presbiterio se han lanzado contra autoridades y «estructuras alienantes» que no han asimilado todavía que la «nueva teología», reformista y progresista, compromete proféticamente a la predicación evangélica con denuestros contra el hambre, la guerra, la opresión y las injusticias sociales, siendo así que estas plagas sociales, que jamás han desaparecido en la historia de la civilización, no son sino castigos de Dios a la sociedad, poco o nada celosa del cumplimiento del Decálogo. Claro está que esto parece que sólo es evidente para los reacios al lavado de cerebro.

Creo firmemente, por todo lo dicho, que hay razones más que suficientes para suponer contaminada a la Asamblea Conjunta y que sus conclusiones sean en gran parte expresión del gravísimo estado de «autodemolición» denunciado por su Su Santidad, y en el que nos encontramos los fieles cristianos que deseamos permanecer fieles a esa Iglesia una, santa, católica y apostólica, en la que ingresamos por el bautismo y conocimos por el Astete o el Ripalda.

Esto es lo que ha puesto de manifiesto definitivamente el Documento de la Santa Sede sobre las conclusiones de la Asamblea Conjunta de obispos y sacerdotes, celebrada en septiembre, con carga sociopolítica demasiado acusada, aunque indudablemente pudiera tener también algún acierto. En el Documento firmado por el cardenal Wright, prefecto, y el padre Palazzini, secretario, se hace constar en la Conjunta: «graves reservas doctrinales en algunas orientaciones de fondo», «tendencia a convertir la acción de la Iglesia en sociopolítica», «ambigüedad», «inmadurez». Gracias a Dios la Santa Sede ha comenzado a anular los efectos de la sordina de los medios informativos del IDO-C, empeñados en hacer imperceptible la voz del Vicario de Cristo cuando éste ha hablado de «autodemolición», de «fermento de cisma», de «crisis de la verdad», de «teólogos partidarios», etc., y de los grupos de presión a los que aludía el Romano Pontífice en la homilía de la misa de apertura del Sínodo de Obispos (30-IX-71) con las siguientes palabras: «Consiste este peligro en la presión de opiniones de dudosa conformidad con la doctrina de la fe; de tendencias despreocupadas de tradiciones autorizadas o adquiridas en la auténtica vocación de la Iglesia; de lisonja a la adaptación con la mentalidad profana y secular; de temores ante las dificultades originadas por los cambios de la vida moderna; de publicidad tentadora o molesta; de acusaciones de anacronismo o juridicismo paralizador del desarrollo espontáneo, llamado carismático de un nuevo cristianismo».

Después del Documento de la Sagrada Congregación del Clero y después de las palabras del Papa en el Sínodo, el juicio está bien claro y la prudencia no sirve ya de pretexto para no aceptarle. Se ha oído la voz del Magisterio y ningún católico puede alegar ignorancia, cuando, acusando el peligro, ha dicho también que cada cual tiene que saber defender su fe. Ahora bien, para defender la fe hay que inquirir dónde está el error. Esto me trae a la memoria un hecho histórico: el de la desaparición del Santo Oficio de la Inquisición, que nos hubiera facilitado la labor de inquirir individualmente. «Dicen que la Inquisición era un terrible tormento». Así canta la copla popular, y por arte de la «leyenda negra» es aceptado por gran número de católicos liberales y clero progresista. Lo que no quieren saber o confesar es que el Santo Oficio para la defensa de la fe, como institución de imperiosa necesidad para la unidad española, fue fundado por unos reyes que pasaron a la historia con el honroso título de Católicos, y que fue muerta prácticamente en las Cortes de Cádiz a manos del conde de Toreno y demás compañeros, entre los que no era extraña la presencia de algún clérigo como Muñoz Torrero, reconocidos todos como masones. He aquí lo que dice al respecto el historiador don Vicente de la Fuente: «Es lo cierto que en los cinco últimos lustros en que existió el Santo Oficio, desde 1794 a 1820, éste se hallaba minado, y que en la guerra a muerte que sostuvieron entre sí la Inquisición y la Masonería de 1814 a 1820, se vio que el poder secreto y tenebroso de ésta era mucho mayor y más formidable que el de aquélla, que quedó no solamente vencida, sino muerta a manos de su antagonista, resultando la Francmasonería más fuerte que la Inquisición». Este mismo párrafo le hace suyo don Miguel Morayta, gran maestre de la «Masonería Española», en su libro cuyo título es lo entrecomillado.

Este hecho histórico, poco divulgado, creo oportuno recordarlo, porque en los actuales momentos de duda, confusión y escandalo, que prosperan bien sin el Santo Oficio de la Inquisición, debemos inquirir para defender nuestra fe no en las ambigüedades, cuando no errores de falsos profetas o de «jerarquías paralelas» a la Iglesia, que pretenden pasar por católicos, sino en el auténtico e infalible magisterio de la Iglesia.

Ambigüedades que se oyen y se leen todavía culpan de «suplantar a la jerarquía», lo mismo al progresista y renovador, con poco respeto a la tradición, que el llamado rutinario integrista e inmovilista.

Creo que en la situación actual, cada vez mejor definida: «Con la Iglesia o contra la Iglesia», los términos medios, muy cómodos para poner una vela a Dios y otra al diablo, no tienen consistencia alguna. Y menos todavía después de leído el documento de la Sagrada Congregación del Clero ya citado, enviado desde Roma a los obispos españoles el 9 de febrero de 1972, y cuyo poco favorable contenido para la Asamblea Conjunta sufrió la dilación de un mes escaso antes de ser publicado.

Tampoco le convencerá la anterior ambigüedad a quien esté bien informado sobre el Sínodo de Obispos celebrado en Roma en 30 de octubre último, así como de la operación antisínodo montada internacionalmente y con todo lujo de detalles por el IDO-C.

No hay lugar a términos medios. Durante la República laica y atea nuestra bandera de combate decía, cuando el enemigo estaba en frente: «Con Dios o contra Dios.» Ahora, con el enemigo dentro, no puede decirse otra cosa si no es: «Con la Iglesia o contra la Iglesia.»

Volveré sobre el tema.

---

# EL CARDENAL SEPER Y LOS OBISPOS

El cardenal Seper, prefecto de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, acaba de decir a los obispos norteamericanos:

*«Me parece, ¡ay!, que los obispos, que tantos poderes quisieron para sí del Concilio, merecen hoy a menudo reprensión, porque en la crisis que padecemos no ejercitan sus poderes como deben... Si ciertos obispos cortasen el paso a ciertas aberraciones, en el lugar y en el momento en que se producen, otra sería nuestra situación... Pero ya sabemos cómo tales aberraciones se dejan correr por revistas de Teología y catecismos.»*

Nosotros nos permitimos recordar a los obispos españoles estas palabras, por si estiman que son aplicables a ellos mismos.

(*CID*, 30-VI-972.)

---

# LA PROPIEDAD PRIVADA, FUNDAMENTO DE LA SOCIEDAD Y DE LA FAMILIA

«Según la doctrina de la «Rerum novarum», la misma naturaleza ha unido íntimamente a la propiedad privada con la existencia de la sociedad humana y de la verdadera civilización, y en grado eminente con la existencia y el desarrollo de la familia. Este vínculo es más manifiesto. ¿Acaso no debe la propiedad privada asegurar al padre de familia la sana libertad que necesita para poder cumplir los deberes que le ha impuesto el Creador, referentes al bienestar físico, espiritual y religioso de la familia?»

(Pío XII, «La Solemnitá», Doc. Soc., B. A. C., 1 junio 1941, núm. 22.)

# "Complot contra la Iglesia" Por MAURICE PINAY

(Continuación.)

**ALGO MAS SOBRE LAS CREENCIAS RELIGIOSAS DE LOS JUDIOS**

Como antes vimos, la falsa interpretación de las Sagradas Escrituras hizo a los judíos apartarse cada día más de la primitiva religión de los hebreos que les fue revelada por Dios a través de Abraham, Moisés y los Profetas, para llegar, con la aparición del Talmud y de la Cábala, a una creencia sectaria, anticristiana e imperialista, que nada de común tiene con la primitiva Verdad Revelada.

Utilizamos para demostrarlo, entre otras pruebas, pasajes de esos mal llamados Libros Sagrados, que sirven de base a la religión del judaísmo moderno.

En el presente capítulo se verá algo más sobre las creencias religiosas de los llamados judíos fieles, para poder demostrar con mayor claridad que ninguna afinidad o parentesco existe entre éstas y la religión de los cristianos.

Lo primero que debe tomarse en cuenta al abordar el problema de la religión judía moderna, es que se trata de una religión secreta, a diferencia de las demás religiones, cuyos dogmas, doctrinas y ritos son de carácter público y, por lo tanto, pueden ser conocidos por cualquier extraño a ellas.

Los judíos, después de la crucifixión del Señor, fueron a través de los siglos ocultando de los cristianos y de los gentiles todas aquellas doctrinas y ritos que, por constituir una amenaza contra los demás hombres, necesitaban mantener en secreto. Temían, con toda razón que, al conocer su doctrina, las gentes reaccionaran violentamente en contra de los judíos.

Ya en un texto talmúdico puede leerse lo siguiente: «Comunicar algo de nuestra ley a un gentil equivale a la muerte de todos los hebreos, pues si los Goyim (gentiles) supieran lo que nosotros enseñamos a propósito de ellos, nos exterminarían sin más» (1).

La mentira ha sido el arma principal de lo que Cristo Nuestro Señor llamó, ya desde entonces, la «Sinagoga de Satanás». Con mentiras y engaños han controlado a los pueblos en sus revoluciones masónicas y con mentiras y engaños los llevan a las revoluciones comunistas. Baste decir, que hasta se valen de la mentira para los asuntos relacionados con su propia religión.

A los cristianos y a los gentiles, los engañan haciéndoles creer que la ctual religión judía es como todas las demás: que se limita a rendir culto a Dios Nuestro Señor, a fijar normas de moralidad y a defender los valores del espíritu, pero teniendo cuidado de ocultar que su religión es en realidad una secta secreta, que conspira para destruir a la cristiandad, que sigue odiando a muerte a Cristo y a su Iglesia y que trata de dominar primero y esclavizar después a los demás pueblos de la tierra.

No es de extrañar, pues, que en su propio Libro Sagrado, el Talmud, afirmen que si los gentiles (entre los que incluyen a los cristianos) «supieran lo que nosotros enseñamos acerca de ellos, nos exterminarían sin más».

La historia nos demuestra lo acertado de esta previsión talmúdica, cuando la Santa Iglesia, al descubrir lo que en secreto enseñaban los maestros o rabinos a sus fieles, mandó requisar y destruir en diversas ocasiones los libros del Talmud, ante el peligro que significaban sus enseñanzas para los judíos, convirtiéndolos en una secta de conspiradores, ladrones y hasta asesinos, peligro mayor para aquellos, que siendo más fervorosamente religiosos aceptaban sin condiciones y con fanatismo las enseñanzas del Talmud y de la Cábala.

De nada sirvió otro fraude judío, consistente en hacer textos apócrifos del Talmud, dados después a conocer a las autoridades civiles y eclesiásticas sin los pasajes cuya lectura se consideraba peligrosa para los cristianos, ya que con frecuencia, tanto la Santa Iglesia como los gobiernos civiles, descubrían los textos auténticos ante la indignación general, manifestada a menudo en reacciones violentas contra la secta religiosa del judaísmo, cuyos auténticos libros sagrados contienen ya los lineamientos de la conspiración que han venido desarrollando en contra de la humanidad entera.

El escritor judío Cecil Roth, en su obra «Storia del popolo ebraico», habla con extensión de la condenación del Talmud por el Papa Gregorio IX y demás sucesivas hasta aquella del Papa León X, en el siglo XVI, que tuvo su origen en una denuncia al Cardenal Carafa, de que la obra era perniciosa y blasfema. Esta denuncia fue hecha por el judío Vittorio Eliano, que era sobrino del sabio judío Elia Levita y tuvo como consecuencia la quema pública de la obra en el Campo dei Fiori de Roma, en el otoño de 1553 (2).

En los procesos de la Inquisición seguidos en contra de los judíos clandestinos, llamados por la Santa Iglesia «herejes judaizantes», se encuentra otra fuente muy copiosa sobre las ocultas y verdaderas creencias religiosas de los judíos. Quienes quisieran profundizar en este estudio, necesitarían consultar los archivos de la Inquisición de esta capital del mundo católico, de las ciudades italianas donde más se introdujeron los judaizantes; de Carcasona, de Narbona y de otros lugares de Francia; de Simancas, en España; de la Torre do Tombo, en Portugal; de Méjico y de otros países de la catolicidad. Por nuestra parte, nos limitaremos a citar los «Procesos de Luis de Carvajal» (El Mozo), en donde se puede apreciar la mentalidad de los judíos y conocer ciertas creencias religiosas de los mismos, muy reveladoras.

Se trata de una edición del Gobierno de Méjico, del año de 1935, que fue publicación oficial del «Archivo General de la Nación». En éste se encuentran los manuscritos originales con las consiguientes firmas del judío procesado, de los inquisidores, testigos, etc. La autenticidad de estos valiosos MSS (manuscritos) queda fuera de duda y ni los mismos judíos contemporáneos han podido negarla jamás y, por lo contrario, los consideran como valiosos documentos históricos, y los citan en algunas obras hebreas. El contenido de estos documentos es algo espantoso, monstruosas blasfemias contra Nuestro Señor Jesucristo y María Santísima, odio satánico hacia el cristianismo, odio que nada tiene que ver con la auténtica ley dada por Dios a Moisés en el Sinaí, pero que es la esencia de la religión oculta del judaísmo moderno, religión de odio, de odio feroz contra la cristiandad, odio que inspira las matanzas de cristianos y las persecuciones contra la Santa Iglesia y que se ha desatado explosivo, irrefrenable y ominoso en todos los lugares donde han triunfado las revoluciones judío-masónicas y judío-comunistas.

Del segundo proceso contra Luis de Carvajal, iniciado a fines del siglo XVI, en el año de 1595, nos atrevemos a transcribir con verdadera repugnancia lo que sigue, porque es urgente desagraviar a Cristo Nuestro Señor y a María Santísima de las blasfemias que lanzan los judíos; y porque es necesario demostrar palpablemente la mendacidad de esta tesis extraña sostenida actualmente por algunos clérigos que afirman lo indebido que resulta combatir al judaísmo, por su afinidad con la religión cristiana, afirmación que raya en la demencia y que sólo puede prosperar entre quienes, desconociendo el problema, caen víctimas de las fábulas judaicas.

Sobre la intensa religiosidad de Luis de Carvajal, son evidentes estos pasajes del proceso:

Del testimonio de Manuel de Lucena, otro judío amigo de Luis de Carvajal, transcribimos lo siguiente: «... Y lo que pasa es que habrá año y medio que yendo éste a Santiago a ver a Luis de Carvajal y visitándole en el Colegio de los Indios, en un aposento de él, que estaba sacando moralidades de la Biblia y éste le dijo: cosas lindas estáis escribiendo; y el dicho Luis de Carvajal le respondió que tales eran, y que se espantaba cómo no abría los ojos toda criatura y que quebrantado fuese quien quebrantaba la palabra del Señor diciéndole por los cristianos que fuesen quebrantados, porque quebrantaban la ley de Moisés que llamaba la Ley del Señor.» Después sigue diciendo Manuel de Lucena, que poniéndole algunas dudas «al dicho Luis de Carvajal, como a hombre que guarda la ley de Moisés y es muy leído en la Biblia las declaraba y le satisfacía; y el dicho Luis de Carvajal le decía a éste cómo vio que guardaba la ley de Moisés y que también estaba en ella por habérsela comunicado la ley, y tratando de autoridades del Testamento Viejo, que de allí en adelante le tendría por hermano, y aunque indigno, lo encomendaría a Dios en sus oraciones» (3).

Hasta aquí parece Luis de Carvajal como un piadoso judío, fervorosamente religioso, pero que ya demuestra su odio al Cristianismo cuando dice que «quebrantados sean los cristianos», porque quebrantan la ley de Moisés.

**(Continuará.)**

---

(1) Divre en «Dav». Fol. 37.

(2) Cecil Roth. «Storia del popolo ebraico». Milano. 1962. Páginas 327 y 408.

(3) Procesos de Luis Carvajal el Mozo. Edición del Gobierno de Mejico. Año 1935. Publicación oficial del «Archivo General de la Nación». Páginas 127 y 128.

---

# La propiedad y su doble carácter individual y social

«Primeramente, téngase por cosa cierta y averiguada que ni León XIII ni los teólogos que enseñaron guiados por el Magisterio de la Iglesia han negado jamás o puesto en duda el doble carácter de la propiedad, llamada individual y social, según que atienda al interés de los particulares o mire al bien común; antes bien, todos unánimemente afirmaron siempre que el derecho de propiedad privada fue otorgado por la Naturaleza, o sea por el mismo Creador, a los hombres, ya para que cada uno pueda atender a las necesidades propias y de su familia, ya para que, por medio de esta institución, los bienes que el Creador destinó a todo el género humano sirvan en realidad para tal fin; todo lo cual no es posible lograr en modo alguno sin el mantenimiento de un cierto determinado orden.

Por lo tanto, hay que evitar cuidadosamente un doble escollo. Como negado o atenuado el carácter social y público del derecho de propiedad, por necesidad se cae en el llamado «individualismo», o al menos se acerca uno a él, de semejante manera, rechazando o disminuyendo el carácter privado e individual de este derecho, se precipita uno hacia el colectivismo, o por lo menos se tocan sus postulados. Quien pierda de vista estas consideraciones, se despeñará por la pendiente hasta la sima del modernismo moral, jurídico y social, denunciado por Nos en la carta escrita al comienzo de Nuestro Pontificado» («Ubi Arcano», 26 diciembre 1922).

**(Pío XI. «Cuadragesimo Anno».)**

# No hay punto de apoyo fuera del Catolicismo

*Por el P. JESUS ECHEVERRIA*

Y puestos a dar valor a lo que lo tiene y hoy se le quiere quitar, continuemos con el mismo tema; y ya que hoy se está dando de baja a novenarios y octavarios, sigamos por lo menos hasta el septenario en este tema. Para que ese punto de apoyo, que decíamos estaba en el Catolicismo, sea eficaz, necesitamos: 1.º, que el Espíritu Santo asista a la Iglesia; 2.º, que esta doctrina se enseñe a todos; 3.º, que en todo se obedezca. Estos son los tres artículos que faltan para el septenario. Aquí va el primero.

Del Espíritu Santo podríamos decir, lo que el mismo Voltaire, con ser lo que era, dijo de Dios: «Si Dios no existiese, necesario sería inventarlo.» Sí; si el Espíritu Santo no existiese, necesario sería inventarlo. Cristo lo prometió, y lo envió a los diez días de su ascensión a los cielos. Entretanto, los apóstoles permanecían esperándolo y en oración. En realidad, nada podrían hacer sin orar y sin el Espíritu Santo. Y eso que habían sido adoctrinados por el mismo Cristo; habían presenciado sus milagros; habían sido testigos de su prisión, muerte, resurrección y ascensión a los cielos. Todo esto sin el Espíritu Santo entretanto, de poco o nada les serviría. Y por eso Cristo no quiso demorar o tardar en enviárselo; y a los diez días «aparecieron, como divididas, lenguas de fuego, que se posaron sobre cada uno de ellos, quedando todos llenos del Espíritu Santo.» La narración, tan clara y extraordinaria de este hecho, está como la del año pasado y tantas otras veces, en completo desacuerdo con la imagen —perdón—, con la pantomima del cartel propagandístico —perdón—, horroroso e indescifrable, divulgado para esta fecha de Pentecostés.

Y digo indescifrable y horroroso, porque no era ni caricatura siquiera de Pentecostés. Si esto aunque sólo fuera, se conocería algo; pero unos borrones rojos que caían como los copos de nieve en invierno, aunque éstos sean blancos y aquéllos encarnados, que bien podrían simbolizar el fuego como la sangre, y cayendo no sobre personas o campos, sino sobre el vacío más absoluto, ¿podrían representar —ya que no dar a conocer— la escena tan sublime que nos narran los «Hechos» y la hemos visto tantas veces, tan dignamente representada? Ciertamente que no. Quisimos hacer la prueba, aunque no lo necesitábamos, preguntamos a un sacerdotes que no había visto el cartel, ocultando por supuesto las letras: ¿Qué es esto?, la respuesta fue: ¡Qué es eso! Querríamos que los actores y actrices en la televisión o en el cine fuesen representados de modo semejante y tan claro —perdón—, tan absurdo como nos representaron —perdón—, como nos profanaron en aquellos carteles la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles. ¿Qué atractivo tendrían y qué repulsas no se levantarían contra tamaña imbecilidad? Y no digamos que para eso están las letras, que también en el cine están las letras y se deja oír la voz; además, que no se olvide, hay muchísimos que no saben leer; a quienes la letra no les dice nada, y sí muchísimo una imagen nítida. Además, «habría que observar —dice Jean Guittón—, como ya lo había discernido Platón, que hay modos inferiores de conocimiento (la verdadera imagen, por ejemplo) que contiene para la mayor parte de los hombres más enseñanzas y más verdad que la vía abstracta e intelectual.» ¡Cuánta más lo ha de tener una representación nítida de personas que unos borrones rojos! E incluso esto se da aún para los que saben leer. ¿Por qué, pues, dificultar el conocimiento sin necesidad y por qué no dejarse de cubismos e idioteces, ya que nadie entiende lo que dicen nos quieren representar?

Con la descripción de lo indescriptible nos hemos alejado del tema, aunque no de lo relacionado con la fiesta y el desacralizado cartel de Pentecostés, si así lo podemos llamar. Si, pues, los apóstoles necesitaron del Espíritu Santo, ¿cómo no habrían de necesitarlo los sucesores y en particular el Vicario de Cristo, como lo fue Pedro? Ya tenemos el Evangelio, dirán o podrán decir muchos; ésa es la palabra de Dios. Pero ¿la habríamos tenido si el Espíritu Santo no hubiese venido? ¿No es posterior el Nuevo Testamento, a la venida del Espíritu Santo? Pero una vez que ya lo tenemos, ¿para qué el Espíritu Santo? Esto tal vez quieran decir los carteles de que hemos hablado. Sin embargo, ¿quién dice que no podrá aparecer algún otro libro sagrado? Sagrados e inspirados son todos los que tenemos, aunque no todos lo sean para los protestantes, que, por cierto, no tienen el Espíritu Santo; pero si son todos los que están, puede haber más que los que son hasta ahora. Y en este punto la ciencia, por mucho que progrese, siempre será impotente. La revelación está muy por encima de la ciencia, y ésta, por sí sola, nunca nos podría dar la revelación, y mucho menos el significado de esa revelación.

Por eso los protestantes, que tan alto han elevado la Biblia y tanto han hecho para divulgarla, están echándola por tierra, según una encuesta del doctor G. H. Betts, entre las sectas protestantes de los Estados Unidos, la de los congregacionalistas, por ejemplo, en un 83 por 100 niegan la inspiración divina, y lo que diríamos es más grave: la niegan el 96 por 100 de los seminaristas, futuros pastores de las principales sectas protestantes. Si a esto agregamos la conclusión a que llegaron después de quince años de estudio en Londres por obispos y teólogos anglicanos ya en 1938, veremos que para nada vale la Biblia; entre otras herejías, dicen: «Puede dudarse también de la resurrección de Jesucristo; la Iglesia anglicana duda de la presencia real de Cristo en las especies consagradas; la inerrancia de la Biblia no puede mantenerse hoy...» Delante de todo esto, que es apenas un botón de muestra de la ineficacia de la Biblia sola, hay que echarse las manos a la cabeza, quedarse atónito y no acertar a creer que toda UNA COMISION DE DELEGADOS DIOCESANOS —AUNQUE HAYAN SIDO SOLO 17— EN LAS VI JORNADAS CATOLICAS DE ECUMENISMO, sobre «Biblia y Ecumenismo», haya dejado de lado el Magisterio de la Iglesia y contra la reciente enseñanza del Concilio Vaticano II, llegue a estas conclusiones, entre otras: «Que la Biblia estudiada con sentido religioso, a la luz de una sana exégesis, ha de ser camino hacia la unidad querida por Cristo..., sobre todo reconociendo a la Sagrada Escritura, leída en el seno de la Iglesia, como criterio normativo de su fe y de su vida...» ¿Para qué quieren estos señores delegados diocesanos lo que dice el Concilio, de que: «El oficio de interpretar auténticamente la palabra de Dios escrita o transmitida ha sido confiado únicamente al Magisterio vivo de la Iglesia, cuya autoridad se ejerce en nombre de Cristo»? ¿Cómo extrañarnos después de todo esto que el mismo K. Rahner, en «Nouvelle Revue theologique», nos diga que proposiciones como «en Dios hay tres personas» o «hemos sido salvados por la sangre de Jesucristo» son pura y simplemente incomprensibles para el hombre de hoy.

Ciertamente, pues, aun cuando nadie se opusiese a la divinidad e inerrancia de las Sagradas Escrituras, y aunque ya poseyésemos todo lo escrito por todos los apóstoles y evangelistas, hoy más que nunca nos es necesario el Espíritu Santo, que de un modo infalible inspire a su Iglesia, a su Magisterio en la Persona del Romano Pontífice, y bajo su dirección a los Concilios Ecuménicos, todo lo que Dios ha revelado y nos quiere enseñar por medio de las Sagradas Escrituras. Si así no fuese, ¿quién estaría seguro de que lo que se le había enseñado era cierto y de que en lo sucesivo no se le podría engañar? Pablo VI ha dicho: «Sin esta característica de la verdad, que es la seguridad de la verdad religiosa..., sería vano y precario cualquier intento de llamar a los demás a escuchar a Cristo.»

Agarrémonos, pues, fuertemente a todo lo que ya ha sido enseñado por la Iglesia. Esta no mudará. Y esto, a pesar de que haya sacerdotes, teólogos y hasta obispos que nos digan, toleren o escriban lo contrario. Así lo decía monseñor Guerra Campos días atrás por la televisión, elogiando los catecismos que hoy se tienen por anticuados y hasta desterrados. Lo que nos enseñan los catecismos de Astete y Ripalda —decía— eso es la doctrina de la Iglesia, y cualquiera que enseñe lo contrario, eso no será la doctrina de la Iglesia, sino de fulano o citano. Felizmente, un hombre los más capaces del mismo episcopado español, teológicamente hablando, aun estando entre los más jóvenes en edad, defiende y enseña públicamente lo que muchos se avergüenzan hasta de nombrar: la enseñanza de los catecismos de Astete y Ripalda. Infelizmente, está casi marginado de la Conferencia Episcopal Española.

Y una última observación, para que veamos la necesidad del Espíritu Santo, en lo concerniente a moral y dogma: Si lo que antes era pecado, error o verdad, no lo es ahora, tampoco lo será mañana lo que hoy es tal. ¿Y por qué lo será hoy, si no ha de serlo mañana, cuando no se trata de algo circunstancial, sino de algo objetivo y absoluto? Si, por el contrario, se quiere por lo menos aparentemente salvar este caos en que caeríamos por el antecedente raciocinio, diciendo que antes era pecado, error o verdad lo que se nos proponía aunque así fuese tenido, también se puede hacer la siguiente observación: Si antes era tenido por pecado, error o verdad lo que no era, tampoco mañana —¿y por qué no hoy— será tenido lo que así es tenido hoy o se tendrá de aquí a doscientos años. ¿Quieren mayor caos, confusión y destrucción de toda verdad, de toda moral y de toda religión? Bajo este punto, pues, la necesidad del Espíritu Santo, como lo entiende la Iglesia, es tan cierta, como decía Voltaire de Dios: que si no existiese, sería necesario inventarlo. Felizmente, ya lo tenemos; pero hay algo casi tan necesario como esta existencia del Espíritu Santo y que hoy nos falta en gran parte. Pero esto será el asunto del propio sexto artículo sobre el «NO HAY PUNTO DE APOYO FUERA DEL CATOLICISMO.»

---

# ¡Qué vergüenza!

«Messager» es un boletín de información de la diócesis de Europa Occidental de la Iglesia Ortodoxa rusa fuera del territorio ruso. En su número 66, de 1972, en su mensaje del X Congreso, se lee: «La Iglesia Ortodoxa rusa, fuera de nuestro territorio, marcha tras los pasos de los santos padres y cuida de no desviarse ni a derechas ni a izquierdas. Estamos viendo hasta dónde han llevado a la Iglesia Católica Romana el modernismo y el reformismo; hasta el punto de obligar a muchos de sus fieles a abandonar un barco del que ya son dueñas las olas del racionalismo y de la irreligión (—). La rigurosa observancia de la Tradición por parte de obispos, de sacerdotes y de los mismos fieles en nuestra Iglesia es la razón de nuestra fidelidad (—). La repulsa de todo modernismo y del afán de reformas es lo que nos está trayendo más y más fieles (—). Nuestra Iglesia es la que trata de poner freno a cuantos están destrozando la Cristiandad: ateos militantes, franc-masones, reformadores o ecumenistas.»

¿Qué pueden **razonadamente** contestar a todo esto, por ejemplo, nuestras Comisiones de Pastoral o de Liturgia? Porque ese «Mensaje» va firmado por **sesenta y seis prelados...**—**F. D.**

**EN TORNO A CLAVIJO**

# "HISTORIA DE UN CUENTO DE HADAS"

***Por Rafael GIL SERRANO.-Director General de la H. C. H.***

Decía así el párroco del pueblo de Sorzano (Logroño», don José Miguel Rubio Pérez-Ibarra:

«La procesión de las doncellas con la **Virgen de la Hermedaña** al frente tiene un matiz de gratitud y recuerdos ligados con la batalla de Clavijo, donde se zanjó el vergonzoso tributo. Es la tradición, que así lo cuenta. Yo no soy historiador y, por tanto, no entro ni salgo en si es historia o leyenda lo de las doncellas y lo de Clavijo. Me descubro simplemente con respeto. Y escucho con placer a **don Julián Cantera Orive y a don Felipe Abad León**, entre otros, defensores de ambas realidades» (1).

Tales palabras, que están superadas por la conducta y la actuación del digno párroco de Sorzano, merecen algunas puntualizaciones que haremos más adelante, ya que antes debemos seguir oyendo su palabra al referir él mismo la conmemoración celebrada el día 15 de mayo de este año, en su pueblo, de la realidad que llama **Historia de un cuento de hadas**. He aquí su relato:

«El pasado año vi por vez primera la procesión. Me chocó. Su forma, sencilla, esquemática ella, tenía un encanto delicioso. Cuatro doncellas y tres doncellitas acompañaban a la Virgen. Su fondo, el contenido, una tradición multisecular que me contaron; era algo así como un cuento de hadas..., pero **sin cuento** y sin **hadas**.

Un cuento de los tiempos de la Reconquista que tenía la fuerza de la historia. ¿Sería acaso ella misma? Unas hadas que me sugerían batallas, amor patrio, blancuras de pureza, amor a la Virgen... Hadas que no eran etéreas, sino de carne y hueso. Sentí nostalgias de niño cuando mi abuela me sentaba en sus rodillas y comenzaba a contarme hermosas narraciones. **Erase que se era...**

Y entonces sentí miedo. Miedo a que esto se perdiera, como ya se habían perdido las danzas. Aquí había valores. Valores que, como tantas otras costumbres de antaño, no hay que asesinar, sino revitalizar, acomodar, rejuvenecer, porque aún tienen vida, tinen alma, aunque sus células sean viejas... Mantener intangible el alma. **Y también dar una nueva forma, que sin deformar reformare.** Algo que, por otra parte, tuviera garra. Que prometiera continuidad.

Y nació la idea de LAS CIEN DONCELLAS, dando su mano las matemáticas a la Historia. Y nació la idea de la protesta y del canto, que es lo que ahora se estila; porque si de jóvenes propio es el protestar y el cantar, cantando y protestando juventud inyectaríamos a esa tradición.

**Don Jesús Pascual Castroviejo** (alcalde), **don Roberto San Martín Bañuelos** (secretario) y el Ayuntamiento de Sorzano impulsaron la idea. El pueblo todo trabajó en el corto espacio de un mes, unido en un frente común. Las chicas preparaban vestidos y flores, más de doce mil. Los hombres subían al monte a cortar acebo. Los mozos pretendían ensayar las danzas en dos semanas. Imposible. Los más mozos (algunos ya casados y con hijos) —merecen distinción especial—, los que hacía muchos años habían danzado por última vez, dieron una lección de pundonor, y sin temor a sus kilos y a sus agujetas, en esos quince días lograron el objetivo. ¡Y de qué forma...!

Lo del número cien resultó sencillo. Tenía garra la idea, hemos dicho, y como las buenas noticias corren como el pensamiento, sin llamarles, allá se presentaron los periodistas. Y la noticia corrió por toda España y aun en Méjico se leyó este titular: SE BUSCAN CIEN DONCELLAS PARA UN PUEBLO LOGROÑES.

Lo demás ya lo sabéis. La varita mágica del hada hizo su efecto maravilloso **el histórico día 15 de mayo de 1972.** Os lo recordaré nuevamente:

**FIESTA DE LA HERMEDAÑA**

Dainas. Disparo de cohetes... Hacía frío. Y viento. Y aguanieve. Y barro. Mucho barro. Curiosa paradoja ilena de simbolismo. Arriba, blancura; abajo, suciedad.

Se tenía proyectada una misa de campaña junto a la ermita. Hubo que desistir. La parroquia parecía una explosión de flores. Todos los ramos apiñados sobre paredes, retablos, altares... En un bello desorden hacían guardia a la Virgen.

El párroco y el predicador concelebraron la santa misa. En un lugar destacado: Presidente de la Diputación y del Instituto de Estudios Riojanos, representando a su vez al Gobernador Civil; delegado de Información y Turismo, alcalde, comandante del puesto de la Guardia Civil, Corporación municipal, secretario y mayordomo de la Virgen, don Miguel Angel Castroviejo.

Las doncellas y los danzadores llenaban todas las bancas disponibles, agrupados en la mitad delantera del templo. El pueblo, en pie (¿dos mil personas?), ocupando el resto. **La disertación histórico-religiosa de don Felipe Abad León merece capítulo aparte.**

Al órgano, la renombrada señorita Elisa Rodríguez, asesorada por el seminarista sorzanés director del colegio parroquial, don Angel María Pascual y Pascual. María-José Lázaro y Lázaro, acompañándose con su propia guitarra, bordó varias canciones religiosas con el candor y la delicadeza de su extraordinaria voz angelical. Comuniones, cientos de comuniones. Al término de la misa se rezó un responso por el alma de don Julián Cantera Orive, recientemente fallecido, gran defensor de las tradiciones clavijeñas y sorzaneras.

Y después..., la procesión. La interminable y bellísima procesión hasta la ermita. El canto silencioso, pero profundo. La protesta, muda. La imagen, que vale más que cien palabras. Caras de enfermos y ancianos pegados a los cristales con lágrimas en los ojos. Los demás, todos los demás, ascendieron penosamente, con sacrificio (¡ah, el sacrificio...!), hasta la ermita. Y con ellos, Televisión Española, Radio Rioja, prensa de Logroño, innumerables fotógrafos y otros reporteros de varios puntos de España.

Los danzadores —Julián Andrés «Cachirulo», Florentino Manzanedo, Primitivo Sáenz, Miguel Angel Martínez, José María Pascual, Luis María Martínez, Ernesto de la Natividad, Romualdo de la Natividad y Dionisio Castroviejo— tejieron sus pasos con maestría propia de profesionales, dirigidos por el famoso «gaitero de Albelda» y su tamborilero. Una salve. El regreso. Más danzas en la plaza. Aperitivos. Y comidas de fiesta grande en todas las casas del pueblo, convertidas en un gran hotel para doncellas y visitantes. Original idea ésta para estrechar amistades con gentes de otros pueblos hermanos.

Nada fue oficial. Todo espontáneo, familiar. (Feliz descubrimiento. En Sorzano hay cocineras que pueden perfectamente competir con los mejores hoteles de cinco estrellas.) Luego..., alegría, zurracapote, meriendas, música. Un día casi improvisado, pero que por salir del corazón resultó una fecha imborrable.»

**DONCELLAS Y DONCELLITAS**

Ahora, para completar el magnífico cuadro que nos ha hecho de la fiesta don José Miguel Rubio Pérez-Ibarra, insertaríamos, si dispusiéramos de espacio, los nombres de las CIEN DONCELLAS y ONCE DONCELLITAS DE LA VIRGEN 1972, dignas representantes de las que hace más de once siglos fueron liberadas del infamante tributo.

Naturalmente, el pueblo de Sorzana no podía aportar tan numeroso contingente. Mas esta circunstancia, que parecía un grave obstáculo para la plena realización de la idea del párroco, fue verdaderamente providencial, porque así tuvo más resonancia y, lo que es más trascendental, fue causa de que se incorporasen a la fiesta pueblos y personas que de otra suerte habrían estado inhibidos.

Y así, entre los pueblos que mandaron representación de su más pura juventud femenina figuran, además de la capital de Logroño, Entrena, Clavijo, Islallana, Sojuelna, Ochandiano, Santo Domingo de la Calzada, Villarejo, Nájera, Albelda, Arenzana de Abajo, Navarrete, Viguera y Arrubal; Pamplona, Sesma (Navarra), Atarfe (Granada) y Santiago de Compostela.

**LA VIRGEN DE LA HERMEDAÑA**

Y ahora, brevísimas palabras sobre Nuestra Señora de la Hermedaña. Su imagen se veneraba en una ermita, ya derruida, enclavada en el monte a dos horas de distancia de Sorzano. Pertenecía a siete villas colindantes, de las cuales acudían «las doncellas» a celebrar la fiesta. Hoy se custodia en la ermita de la **Virgen del Roble**, Patrona de Sorzano.

(1) «El tributo de las cien doncellas», ¿QUE PASA? núm. 445, 8-VII-72.

---

# ¿QUE PASA EN MURCIA?

Que siguen las reuniones convocadas por los vicarios, con lo que se logra alejar más aún de lo que están a los sacerdotes del cumplimiento de sus deberes y en las que no se trata de tema alguno pastoral o, a lo sumo, se nombran las novenas, el rosario, responsos o algo parecido, para repudiarlos como cosa desfasada y aun nefasta. Se siguen deshaciendo altares y arrinconando imágenes, pues muchos quieren no sólo aproximarse, sino aventajar a los hermanos separados, vulgo herejes, y por eso desprecian todo acto de culto.

Se trata de resolver la cuestión económica, que ellos han agravado suprimiendo los aranceles, con los que el 75 por 100 de las parroquias podrían vivir con bastante desahogo sin tener que recurrir a las cuotas que, como todo lo que es más o menos voluntario, tiene sus plazos y llega a convertirse en odioso.

En algunas de estas chuscas reuniones se pregunta en el consabido cuestionario qué opinan los asistentes del vicario que asiste y debe presidir. Y se llega al caso chusco de decir en sus barbas: «Por mi parte el vicario puede ir cuando quiera a mi casa a tomar café o a comer; pero como amigo. Como vicario que no vaya, porque ya estoy harto de superiores.»

Los pollos pero, entre los que se cuenta algún vicario de por acá y alguno de los que aspiran a entrar en las listas, siguen sin signo alguno que delate su condición de sacerdote. El pueblo sigue escandalizado y rogando por verse libre de tanto tipo.

Esperemos que la autoridad competente empiece a limpiar de cizaña los campos. Ya ha crecido bastante, ya es hora de separarla del grano y quemarla.

Desgraciados, como el valenciano que se dirigió al excelentísimo Guerra Campos, según nos refería en su charla sobre la autoridad del Papa el 26 de junio, pululan por todos los lugares en que los seminarios estuvieron en manos de ineptos o revolucionarios. El problema de falta de vocaciones es abrumador. Pero el remedio o no se sabe o no se quiere poner.

**CORRESPONSAL**

# PICOTAZOS

Por LAUREANO GRANERO

Confieso paladinamente que escribo estas cuartillas de muy mal talante, aunque nunca usaré el lengua de «Vida Nueva» cuando escribe contra sus oponentes o contra la misa tridentina. Se trata de comentar las palabras dirigidas por unos prelados a sus diocesanos con motivo de la festividad de los Santos Pedro y Pablo.

En contraposición a las escritas por otros, laudables en su totalidad, las del Cardenal Tarancón y el obispo andaluz Cirarda merecen nuestro comentario adverso, salvando su dignidad episcopal. Ambos usan idénticas expresiones, hasta llegar al uso de las mismas palabras. Lo que hace sospechar que, o son dos corrientes que proceden del mismo manantial, o son plagio el uno del otro o, en fin, que hay tanta compenetración e identidad de pensamiento y conducta entre ambos que están de acuerdo hasta en las palabras al redactar sus alocuciones.

Ambos, después de exigir obediencia al Papa, como sucesor de Pedro, fundamento, base y cabeza de la Iglesia, se ven precisados a denunciar la desobediencia y contestación existentes entre los católicos; pero obedientes a la consigna, ya denunciada repetidas veces por nosotros, de «dar una de cal y otra de arena»; es decir, amortiguar su censura a los **verdaderos contestatarios**, echan un poco de carnaza con su mención de los **inmovilistas**. No quieren **coger la onda, oriunda del Vaticano** y de otros centros curiales, ya curados del sarampión novedoso y del microbio de la nueva teología, la nueva Iglesia, la nueva corresponsabilidad... **que se ha olvidado hace tiempo** de los «inmovilistas», cuando señalan los excesos de los «progresistas».

Así, tanto Tarancón como Cirarda llaman a juicio a los extremistas opuestos: progresistas e inmovilistas, como opuestos ambos a la autoridad pontificia. Nada más falso e injusto. Ciñéndonos a España, la TOTALIDAD de los tradicionalistas (nos enorgullece este dictado) han acatado y acatan la DOCENCIA del Papa, como supremo jerarca de la Iglesia. JAMAS nos podrán presentar, ni los citados prelados, ni los escritores, sacerdotes o laicos, teólogos o pastoralistas, un escrito contra la doctrina católica en concilio ecuménico o en definición dogmática papal. En cambio, sí que bullen por revistas eclesiásticas y católicas, en conferencias y cursillos pastoralistas **(o así)**, sentencias, afirmaciones, CONTESTACIONES, que al menos rozan la línea que separa el dogma de la herejía (o como se la quiera llamar ahora) y que han merecido la censura y rechace hasta del mismo Pablo VI. ¿A quiénes se refiere su repetida palabra de AUTODEMOLIZIONE? ¿Contra quiénes va diriga la censura de la Sagrada Congregación respecto a errores ACTUALES sobre la Santísima Trinidad, Encarnación y Eucaristía? Y en España, sus preocupaciones DOGMATICAS, sus pastorales sobre estas mismas verdades y otras como la Penitencia, Eucaristía, Liturgia, Jerarquía y Orden sacerdotal, ¿a qué «BLANCO» apuntan, sino a la izquierda progresista? Basta comprobar la respuesta contestataria a dichos documentos de los directamente aludidos.

¿Por qué, pues, nombrar a los que nada tienen que ver con las desobediencias contra encíclicas, por ejemplo, sobre el sacerdocio y celibato, sobre la santidad del matrimonio, sobre la presencia real de Cristo en la Eucaristía, sobre el Primado de Pedro, sobre el pecado original y el bautismo, etc.? Que cada cual cargue con su sambenito y la timidez o recelo jerárquico sobre inmovilismo o por la violencia protestataria que no se para en lindes significados, deje paso a la santa independencia de que a veces se blasona y se exige locuazmente cuando se trata de asuntos no estrictamente eclesiales.

Mas, dirá algún protestatario, siguiendo la letra de las cartas aludidas, también los inmovilistas censuran al Papa como progresista, y «ainda mais», que dicen los gallegos. RESPONDO: Tal vez pueda presentarse en el extranjero algún escrito aislado que haya pasado la raya razonable de la crítica, influido por el extremismo circundante en aquel país. Pero de todos es conocido que la censura jerárquica ha hecho acto de presencia, porque los mismos periódicos que han alabado estentóreamente a determinados «progresistas», merecidamente contrarrestados en las ALTURAS, y han publicado anuncios de revistas, recomendando su suscripción, a pesar de las denuncias y prevenciones de que han sido objeto con motivo de Sínodos o Documentos papales, HAN RECUADRADO en sus páginas la noticia. En cambio, hasta ahora (parece que va a cambiar la táctica por presiones superiores) el MUTISMO MAS ABSOLUTO ha seguido a las desviaciones de la acera de enfrente.

La mayor resistencia encontrada por las novedades posconciliares de parte de clérigos y laicos tradicionalistas ha sido la liturgia de la misa. Pero han de reconocer los contrarios que la disputa se ha desarrollado en el terreno no dogmático, sino de conveniencias o no sobre su implantación TOTAL, sin opción a la simultaneidad con la tridentina en latín, que nadie negará tiene también sus ventajas. Por otra parte, la intervención de liturgistas acatólicos en su laboratorio, los elogios que muchos de ellos la han dedicado, ciertas analogías con la llamada por los mismos «la cena del Señor», el cambio de nombre del Santo Sacrificio de la misa, la misma definición dada en el libro litúrgico que, ante las protestas, fue modificada, la traducción imperfecta a lenguas vernáculas del original... explican ciertas rigideces que, sin duda, serán mitigadas si la autoridad competente cree conveniente en el lapso prudencial por ella estimado, permitir simultanear los dos ritos. Pero ¿ha aparecido en alguna revista tradicionalista una caricatura tan soez para la misa en lengua vulgar como la aparecida en «Vida Nueva» respecto del rito de S. Pío V? El resto de las discusiones con los contestatarios ha sido en defensa del Papa, de sus encíclicas, de su Primado, de la pureza de los sacramentos, de los desvaríos de las celebraciones en las «iglesias de base», etc.

Por contraste, se les acusa de «confundir la tradición con la rutina». Parece imposible; pero es realidad. Más aún, se llega a escribir que la «postura protestataria **se comprende**, aunque no se justifique». «Lo que es INEXPLICABLE es la postura «inmovilista», dando ese calificativo a toda actuación frenadora de excesos. Por eso, cuando la Hermandad Sacerdotal ha solicitado permiso canónico para establecerse, pongo por caso, en Toledo, Santander o Bilbao, se le ha negado, aunque se haya consentido la praxis antilitúrgica de HECHO. ¡Qué absurdos produce la timidez ante la audacia irresponsable! ¿Cuándo ciertos obispos se decidirán a romper el hielo que encubre tantos restos en el caso actual de la eclesiología, bastándoles unos pisotones para desbancar a los que viven del MIEDO DE LOS DEMAS?

● Contrasta con las cartas de los citados obispos la alocución de Pablo VI con motivo asimismo de la festividad de los Santos Pedro y Pablo, ante el Colegio Cardenalicio yel Cuerpo Diplomático. ¡Qué expresiones más duras, más lastimeras, más condenatorias, más fulminantes, más contritas y retractatorias!

Hace tiempo, no mucho, que aparecieron en sus alocuciones los términos desusados a poco de terminar el Vaticano II, de MODERNISMO, DOGMAS TRIDENTINOS, DEPOSITO DE LA FE INTANGIBLE, CREDO DEL PUEBLO DE DIOS, TRADICION VENERANDA, y sobre todos ellos, LA AUTODEMOLICION INTERNA. Ahora ha sacado el registro de la trompetería, al pronunciar en ocasión tan solemne: «Esperábamos después del Concilio un RAYO DE LUZ y nos hemos encontrado CON LA TEMPESTAD... El DEMONIO es el autor del actual estado de cosas, que se ha filtrado por una hendidura abierta en el seno de la Iglesia.» ¿Qué queda de la PRIMAVERA prometida y anunciada tantas veces y que al cardenal Tarancón con su expresivo lenguaje levantino le PARECIO ESTALLANTE?

Leí en la prensa que asistían al acto los cardenales Ottaviani y Alfrink. ¡Quién hubiera sido mosquito para ver la impresión producida en los rostros de ambos! El Papa ni entonces ni en muchas ocasiones anteriores de un poco tiempo a ahora ha creído necesario nombrar a los tradicionalistas o inmovilistas. Al contrario, en cierto mensaje dijo clara y textualmente que la Iglesia era INMOVILISTA. ¡Gracias, Santo Padre, que nos libras del remoquete infamante que, cual barro, pretendieron arrojarnos al rostro los protestatarios. ¡Somos INMOVILISTAS EN EL DOGMA, porque si no lo fuéramos, seríamos INCREDULOS. Admitimos modificaciones en todo lo que no roce al DEPOSITO DE LA FE, y si Vuestra Santidad, como hombre, puede tener preferencias discutibles fuera de aquel marco, en lo dogmático y en lo moral admitimos vuestra INFALIBILIDAD. Todo lo contrario de lo que ocurre a los NOVADORES, que os discuten como supremo Maestro y os aplauden en lo que les es grato referente a lo menos principal en la Iglesia.

MORALEJA: Dejen ya ciertos prelados, siguiendo al Papa, de citar a los tradicionalistas cuando su conciencia les dicte una AMONESTACION a los protestatarios y pierdan el RESPETO que los atenaza del dictado de INMOVILISTAS al compás de los «aires que nos vienen de Roma».

# Carta al Director

Cervera, julio de 1972.

Sr. Director de ¿QUE PASA? Madrid.

Querido señor Director: Deseo felicitar a ¿QUE PASA? por haber dado cobijo en sus páginas a esas «Verónicas» que tanto animan y fortalecen nuestra fe católica.

Bendita esa mujer que ha sabido replicar valientemente al sacerdocio que ha perdido la brújula de su ministerio y que para sus siete hijos varones desea una vocación sacerdotal, pero de la auténtica, «a lo Cristo».

Bendita esa intrépida Pilar Ribas, que ya ha sido elogiada cumplidamente por la fervorosa pluma de «Petrus. Sacerdos Christi».

Y bendita esa «Verónica-eucarística», que ha sabido tan bien narrar el debido homenaje de reparación que ha tenido Jesucristo ultrajado en la catedral de Barcelona.

Nos ha emocionado el saber que resultó insuficiente la capilla que sufrió el sacrilegio para contener las personas que deseaban la reparación y que el amor de las almas eucarísticas asistentes cubriera de olorosas flores el altar y grada donde había sido profanado Nuestro Señor. Esta familia, que no tuvo la posibilidad de asistir al obligado desagravio, quiere sumarse al mismo y también depositar sus encendidas rosas de amor y homenaje a Jesús Sacramentado, utilizando para ello las páginas de esta revista, gritando con fe y emoción: ¡VIVA JESUS SACRAMENTADO!, que en santa «locura de AMOR» quiso quedarse entre nosotros sabiendo que locos y cuerdos le tratarían a patadas y que jerarquías de su Iglesia no tendrían valentía (o fe) suficiente para defenderle.

SALVADOR TORRENS Y FAMILIA

# ¿Podía la Iglesia caer en una mayor contradicción?

**Por ORS D'ALVA**

Los Concilios de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, ¿tienen o no tienen importancia?

Si bien la pregunta en principio puede parecer carente de fundamento, ya que de no tener importancia dichas Asambleas máximas y extraordinarias no se celebrarían, nos vemos obligados a formularla, porque hechos lamentables ponen en entredicho el valor y la eficacia del Concilio Vaticano II.

Por hoy, sólo vamos a referirnos a uno de los temas tratados en el Vaticano II: la proclamación, por unanimidad, de todos los Padres del Concilio, de LA MATERNIDAD DE MARIA SOBRE LA IGLESIA.

Tanto por la importancia del tema como por tratarse de una proclamación unánime, cabía y era de esperar que los hechos del posconcilio confirmarían la estima que toda la Iglesia tenía al nuevo título concedido a la Madre de Dios y Corredentora del linaje humano.

Mas tanto debió desagradar a Luzbel el título de MADRE DE LA IGLESIA, que, de forma feroz, se pusieron en plan de batalla todas las fuerzas del Averno para restar valor y resonancia al justo y merecido título.

Que todo lo que vamos a relatar tuviese por protagonistas a personas o confesiones religiosas hostiles a la Iglesia Católica y a la Virgen Santísima, el hecho no constituiría un fenómeno extraño; todo lo contrario. Pero es que los hechos son cometidos por algunos sacerdotes católicos y consentidos o silenciados también por algunas jerarquías de la misma Iglesia.

Bastó que dicho Concilio pusiera en el cénit de la Iglesia el nombre de la Santísima Virgen María y a toda la Iglesia bajo su valiosa maternidad, para que por doquier, y en forma muy generalizada, se pretendiese minimizar la grandeza y la valiosa intercesión de María, diciendo de Ella que era una mujer como las otras o que debíamos ver en María sólo a una mujer de la calle. Otros, afirmando ser error atribuir a la Madre de Dios, en casos concretos, el haber puesto fin a una epidemia, ya que sin la Virgen las personas que salvaron su vida tampoco hubieran muerto. No faltando quienes —justificando así su desafecto a la Madre de Dios— dijesen a sus feligreses que si ahora no se hablaba tanto de la Virgen ni se le dedicaban tantos cultos era consecuencia de los abusos que antes se habían cometido, **pero sin mencionar ni tan solamente uno.**

Y así, paso a paso, se han ido suprimiendo en algunas parroquias el rezo del Santo Rosario, novenas y otros actos religiosos que antes se dedicaban a honrar y a festejar los títulos y las festividades de la Santísima Virgen.

Que Luzbel pretenda morder a la Mujer fuerte escogida por Dios, desde la Eternidad, para aplastar su cabeza, tiene una explicación lógica. Pero lo que en manera alguna puede explicarse, y menos justificarse, es que sacerdotes y, por tanto, hijos de la Iglesia e hijos de la Santísima Virgen, pretendan despreciarla y deshonrarla. Sólo la malicia satánica puede ser la inspiradora de tan abominable proceder.

La Redención nos vino por María. Sin Madre, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad no podía hacerse hombre, según el plan Divino. Fue preciso el consentimiento de María para que el Hijo de Dios tomase carne humana en sus purísimas entrañas. Y con el FIAT pronunciado por la Santísima Virgen no solamente el Verbo se hizo carne, sino que en el mismo instante la Santísima Virgen quedó incorporada total y para siempre a la Obra redentora de su Santísimo Hijo, por cuyo motivo se convirtió en Corredentora del linaje humano y, por tanto, de todos nosotros.

Empezando por el mismo instante de la Concepción en que dio a su Hijo sangre de su sangre, y terminando junto a la Cruz en el Calvario, ofreciendo al Padre Eterno la Víctima Pura y Santa, María fue y actuó siempre como Corredentora.

¿Pueden ignorar los hijos de la Iglesia, y de una manera particular los sacerdotes, esta participación de la Virgen Santísima en la Universal Obra Redentora de Jesucristo?

Por doble motivo, pues, los hijos de la Iglesia debemos amar, venerar y ensalzar a la Virgen Santísima.

Nunca será propio de hijos bien nacidos despreciar y deshonrar a la madre, y, con mayor motivo, si se trata de la Madre Celestial, la cual por su gran dignidad y por ser Madre de Dios, es la más excelsa de todas las criaturas y está íntimamente unida a la Trinidad Santísima.

Si la actitud de dichos hijos ciegos y desagradecidos tiene por finalidad anular la proclamación categórica, total y solemne del Vaticano II, de «Madre de la Iglesia», andan muy equivocados, y con ello demuestran que la pasión les ciega el entendimiento.

Ni ellos, ni todas las fuerzas del Averno, podrán jamás arrebatar a María el título de MADRE DE LA IGLESIA, pues han de saber que si María es Madre de la Iglesia, no lo es por la proclamación del Vaticano II, sino **porque realmente lo es,** pues siendo Madre de Jesucristo, o sea de la Cabeza de la Iglesia, lo es también de todo el Cuerpo Místico. El Concilio no hizo más que reconocer **una realidad indiscutible.**

Incluso pensando que otro Concilio —hecho en pura doctrina imposible— pudiese anular dicho título de MADRE DE LA IGLESIA, Ella continuaría siéndolo, ya que su Maternidad Divina **es un hecho real** que nada ni nadie pueden anular, y por este motivo continuaría siendo María MADRE DE LA IGLESIA.

Si Dios —y en esta verdad teológica radica toda la fuerza del argumento— quiso tener Madre, y asociarla a su Obra Redentora, los mortales tenemos el estricto deber de amarla, venerarla y honrarla como a Madre nuestra y de toda la Iglesia.

¡Ay de quienes, por ignorancia voluntaria, por falta de amor y de agradecimiento o por seguir falsas doctrinas, deshonran a la Madre del Cielo! ¡Delante de tal desgracia, más les valiera no haber nacido!

¡VIRGEN INMACULADA! Por éste, el más valioso y honroso título que te hace más hermosa y atrayente a los ojos de Dios y de los hombres, como a MADRE DE LA IGLESIA —verdad que si fuese necesario defenderíamos con el sacrificio de la propia vida— te pedimos, humildes y confiados, que ilumines, ampares y protejas a aquellos hijos infieles para que la Misericordia Divina les perdone y vuelvan arrepentidos a tus pies y se conviertan en tus hijos más tiernos y sumisos.

Sobre todo te pedimos que ilumines, ampares y protejas a toda la jerarquía de la Iglesia Católica, para que ella sea consecuente con la proclamación solemne que un día hicieron, y, con sus palabras y ejemplos, se conviertan en los más celosos custodios del valioso y justo título de MADRE DE LA IGLESIA.

---

# DOS IMPORTANTES DOCUMENTOS CARLISTAS

**PRIMER DOCUMENTO**

**COMUNION CARLISTA.—Secretaría Nacional de las Juntas de Defensa.**

Resulta evidente que este año en Montejurra —¡una vez más!—, se ha desvirtuado la Doctrina Carlista, demoliendo despiadadamente el Ideario de Dios, Patria, Fueros y Rey, por el que ofrecieron sus vidas los Mártires de la Tradición, a quienes se pretendía honrar.

Consideramos es un deber de conciencia para todo carlista el denunciar y señalar al pueblo español —para evitar sea sorprendido en su buena fe— cuando ocurren hechos de tamaña gravedad como los que nos ocupan.

Consecuentemente, esta Secretaría Nacional ha creído conveniente remitir a los carlistas pertenecientes a las Juntas de Defensa del Carlismo los textos de los discursos y mensajes leídos en Montejurra el pasado 7 de mayo, exhortando a todos para que se haga pública y evidente repulsa a las ideas disasociadoras, marxistas, socializantes y materialistas allí expuestas y propugnadas, diametralmente opuestas a las por las que se inmolaron nuestros voluntarios no sólo en la Cruzada de 1936-39, sino también en las guerras del siglo pasado.

Las palabras que doña Cecilia de Borbón-Parma dirigió a los asistentes, el mensaje que leyó de su padre, don Javier, y la declaración del intitulado «partido» carlista, son esencialmente anticarlistas y constituyen un insulto a nuestros mártires y a los carlistas que mantenemos nuestra lealtad a la Comunión Católica-Monárquica, y así debe constar pública y notoriamente.

La dialéctica expuesta en Montejurra podrá contar con el apoyo de marxistas, separatistas, demócratas y socialistas, a quienes halaga; pero nunca con el del pueblo carlista.

Al hacer esta declaración, debemos dejar bien claro que nuestra repulsa a cuanto significó Montejurra 72 no debe interpretarse como apoyo a la situación imperante.

En un lugar de España, en la festividad del Corpus Christi, 1972.

**Por la Secretaría Nacional.**

**SEGUNDO DOCUMENTO**

Ante la realidad del acto reciente de Montejurra, que ha constituido en sus alocuciones y declaraciones un descarado y abierto mitin comunista, los abajo firmantes, miembros de la Comunión Tradicionalista —y ex combatientes carlistas en su gran mayoría— se ven en el triste deber de declarar:

1.º Que repudian por entero cuanto allí se dijo, considerándolo la viva antítesis de la fe y del espíritu carlista, una grave ofensa para la memoria de nuestros mártires y una traición a la bandera que ellos nos legaron.

2.º Que juzgan un deber de honor para todo carlista impedir que se repita una tal profanación de aquel monte, de las trincheras carlistas que en él se conservan y de las cruces que perpetúan allá los nombres de nuestros Tercios.

3.º Que se resisten a creer que determinadas Personas Reales autoricen con sus nombres tales alocuciones de signo marxista, pero que, si así fuere, ellos están obligados a obedecer a Dios antes que a los hombres, sean éstos quienes fueren.

Madrid, a 10 de junio de 1972.

(Firman: General Ruiz Hernández, Jesús Evaristo Casariego, Rafael Gambra, Joaquín García de la Concha y siguen hasta treinta nombres.)